



[Los símbolos nacionales y la Guerra Cultural/ Fernando Martínez Heredia](#)

[Mientras la barca de la democracia choca con la roca del capitalismo/ Carlos Luque Zayas Bazán](#)

[La guerra cultural en Cuba/ Enrique Ubieta](#)

[Guerra Cultural: La historia en la mira/ Suárez Ramos y Alina Martínez Triay](#)

[¿Quién pagó el plomero?: La CIA y la Guerra Fría Cultural/ Frances Stonor Saunders](#)

[La cultura "Light"/ por Marcelo Colussi](#)

[Duelo por el poder bajo la sombra del águila/ Rebeca Pupo Ojeda](#)

[Las 10 claves que explican el Nuevo Sistema Mundo/ Ignacio Ramonet](#)

[Estados Unidos y la guerra cultural: ¿acaso una elucubración?/ Elier Ramírez Cañedo](#)



Los símbolos nacionales y la guerra cultural

Fernando Martínez Heredia

Desde hace varios meses –y estimulado por un incidente bochornoso—está presente en el conjunto de medios que circulan en la actualidad cubana un debate acerca de la utilización en espacios públicos de nuestros símbolos nacionales, la bandera de Estados Unidos y las implicaciones que advierten los participantes en el debate. Esto es muy positivo, porque ayuda a defender y exaltar el patriotismo en la coyuntura peligrosa que estamos viviendo e invita a definirse en un terreno que es favorable a la patria, en un momento en que el curso cotidiano incluye muchas cosas en las que no es necesario definirse, que resultan desfavorables a la patria y la sociedad que construimos a partir de 1959.

Como en tantos otros campos y problemas, pudiera producirse en este una división entre élites y masa de la población. La cuestión expresada en los símbolos nacionales tiene una larga data – siglo y medio–, e implica una cultura acumulada que desde el inicio hasta hoy le aporta al mismo tiempo una fuerza descomunal, una gran complejidad y aspectos que han sido y pueden volver a ser conflictivos. Desde hace tres décadas vengo publicando mis criterios sobre ese decurso histórico y sus expresiones contemporáneas, y no me repetiré aquí. Solo reitero que la explosión libertaria y de poder revolucionario combinados que se desató hace casi sesenta años logró –entre tantas victorias– deslegitimar y disminuir a fondo las divisiones cubanas entre élites y masa, y resulta vital que no permitamos que hoy se vuelvan a levantar.

En torno a la cuestión de estos símbolos existen actualmente reacciones y opiniones diversas que no creen referirse a problemas trascendentales. Más vale no tacharlas de superficiales, ni sentirse solamente heridos ante lo fenoménico. También pueden crearse confusiones involuntarias, porque las ideologías que se van instalando en clases y sectores sociales no se basan en la malicia, ni en intenciones y reflexiones. Es imprescindible interesar a la formidable conciencia política que posee el pueblo cubano en cuanto a lo que significa esta cuestión, para que la resuelva.

Es preciso aclarar que estamos ante dos problemas diferentes: el del uso y la regulación de los símbolos identificados como nacionales, y el de la batalla cultural decisiva entre el socialismo y el capitalismo que se está librando en la Cuba actual. ⁽¹⁾ Trataré de sintetizar aspectos, comenzando por el primer problema.

La ley que rige la utilización de esos símbolos puede ser muy rígida, pero nadie le ha hecho caso nunca a esa rigidez, y el pueblo ha expresado su patriotismo de todas las formas y con todas las acciones que ha estimado conveniente. El canon patriótico popular de uso de los símbolos

nacionales tiene otras reglas que son diferentes a las legales, y más legítimas que estas, porque tiene su fundamento en la conciencia colectiva, los sentimientos, las costumbres y las tradiciones que lleva íntimamente cada persona consigo, desde que comienza a descubrirlos y asumirlos de niño hasta la muerte.

En la batalla de símbolos que se está librando participa una multitud de cubanas y cubanos que sienten una profunda emoción al cantar el himno nacional —como el atleta premiado que lo entona llorando—, o portan, veneran, pintan, saludan a la bandera de la estrella solitaria. Participan los que tienen a Martí como el padre tutelar de esta nación, que nos enseñó las cuestiones esenciales y nos brindó su talento, su proyecto y su vida, le tienen devoción y lo representan, aunque lo hagan con más unción que arte. Y los que siguen a Maceo porque supo transmutar la guapería en heroísmo, renunciar al mérito propio por la causa y presidir la familia que murió por Cuba. Participa el que se tatúa al Che en su cuerpo, el que siente orgullo de ser cubano y el travesti vestido con la bandera en la obra de teatro político hecha por jóvenes.

Es un error poner las precisiones y discusiones sobre la ley en un lugar importante, en medio de la tremenda pelea de símbolos que ya estamos viviendo. Sería otra de esas discusiones que pueden ser largas o abstrusas, pero le interesan a muy poca gente y no sirven de mucho.

La ley debe servir, con claridad y sencillez, para defender lo que sería el hábito externo del patriotismo, frente al avance galopante de la mercantilización que está envileciendo tantas cosas, y para ayudar a hacer acertadas y efectivas las expresiones populares y oficiales del patriotismo. Hay que sacarla de la fría prosa y la convocatoria semestral de la Asamblea Nacional. Los medios de comunicación y el sistema educacional deben divulgarla —insisto, divulgarla—, como un auxiliar más del patriotismo, ayudándose con algunas narraciones emotivas y unos cuantos datos que casi nadie conoce, que sean ajenos unas u otros a los clichés tan repetidos que no mueven a nadie y provocan aburrimiento o rechazo.

Paso a la función de los símbolos en la batalla cultural, que en la fase actual de Cuba es la principal.

Será muy positivo si podemos analizar cada aspecto diferente del problema, teniendo siempre en cuenta que no existen así, sino como parte de un todo; que existen mezclados, en conflicto o en paralelo con los demás aspectos y problemas de su propio ámbito, pero sobre todo con otras características de la sociedad cubana actual. Habría que elaborar una comprensión del conjunto de la cuestión de los símbolos nacionales en función del complejo y doble conflicto actual, entre capitalismo y socialismo y entre Cuba socialista y Estados Unidos. Y atender también a los

condicionamientos a que someten a la cuestión las corrientes culturales principales del mundo actual.

En cuanto a esto último, gana cada vez más terreno a escala mundial la homogeneización de opiniones, valoraciones, creencias firmes, modas, representaciones y valores que son inducidos por el sistema imperialista mediante su colosal aparato cultural-ideológico. Una de sus líneas generales más importantes es lograr que disminuyan en la población de la mayoría del planeta –la que fue colonizada– la identidad, el nacionalismo, el patriotismo y sus relaciones con las resistencias y las revoluciones de liberación, avances formidables que se establecieron y fueron tan grandes durante el siglo XX. La neutralización y el desmontaje de los símbolos ligados a esos avances es, por tanto, una de sus tareas principales. Es obvio que ese trabajo trata de ser más eficaz hacia los jóvenes, que están más lejos de las jornadas y los procesos del siglo XX. Si logran que les salga bien, la victoria imperialista será mucho mayor, porque se generalizará el desconocimiento y el olvido de aquel mundo de libertad, justicia social y soberanía, y les será más fácil implantar el mundo ideal y sensible correspondiente a su dominación.

En vez de desconcertarnos con las anécdotas terribles de ignorancias de jóvenes en este campo, y de que se extiendan las creencias en mentiras y aberraciones que son difundidas dentro de la masa creciente de medios que no controlamos, hay que desarrollar ofensivas –no ripostas– de educación patriótica y socialista bien hechas, atractivas y eficaces, exigir y lograr la participación de los medios nuestros que deben implicarse en esas ofensivas y la eliminación de las actuaciones y omisiones que se opongan a ellas o las debiliten, y organizar atinadas campañas de condena y desprestigio de los aspectos burdos o menos disimulados del sistema cultural-ideológico imperialista.

Pero lo esencial es que partamos de que en lo interno a Cuba está lo decisivo en la batalla de los símbolos.

Los niños pequeños y los alumnos de primaria aprenden a sentir el patriotismo y venerar los símbolos. Confluyen en ese logro la enorme tradición cubana que les llega desde las familias y en la escuela, por la cual pasa el universo infantil, el esfuerzo de sus maestros, los actos escolares. Desde hace más de un siglo el patriotismo ha tenido una amplia presencia en su socialización, y la Revolución multiplicó las acciones, los vehículos y las actitudes positivas en esa asunción más temprana del patriotismo. La fractura viene poco después.

Hay que actuar mucho y bien en la formación de los adolescentes y jóvenes, porque ahí se unen la deficiente calidad de la educación secundaria y la avalancha de materiales ajenos o desfavorables al patriotismo nacional que cae sobre ellos, en una etapa de la vida en la que el ser humano experimenta una multitud de cambios, motivaciones e influencias. El peso de la familia disminuye

en esa etapa, es insuficiente el trabajo o la influencia en ellos de instituciones y organizaciones de la Revolución, y se topan cada vez más con diferencias sociales, porque ellas han venido creciendo. Esas diferencias impactan su sensibilidad y su comprensión de la sociedad cubana, llegan a obligar a una parte de los adolescentes y jóvenes a hacer elecciones y renunciaciones, y tienden a sectorializarlos y disgregarlos.

Sin embargo, no debemos conformarnos con generalizaciones superficiales, ya sean triunfalistas o pesimistas. Es imprescindible analizar y llegar a conocer la situación, con rigor y con honestidad. Esto nos permitirá, por ejemplo, encontrar muchos miles de jóvenes en disímiles situaciones y de diferentes sectores, a lo largo del país, que se identifican con el patriotismo popular de justicia social, o que lo harían si se representara que eso es necesario. Qué los motiva, cómo lo entienden, cómo lo formulan, merece estudio más que preocupación. Y es posible que los más conscientes no parezcan muy tentados a decir lo dicho, hacer siempre lo que se espera ni hacer mucho caso a los consejos. Las generaciones que emprendieron las revoluciones que ha vivido Cuba tenían esos mismos rasgos.

Por su parte, la creciente conservatización de nuestra sociedad no incluye un chovinismo cubano, sino más bien la imitación de modelos extranjeros. Ponerse al día con los consumos materiales e ideales, hacer lo que se espera que uno haga, alternar, ocupar un lugar social determinado, no privilegia lo nacional, sino lo “de afuera”, y Estados Unidos tendrá cada vez más presencia en esto. Pero no se trata de una subestimación abierta de lo propio, como experimentaban los colonizados hasta el siglo pasado: ahora viene envuelta en su disfraz neocolonial. Lo que abunda es una supuesta comprensión de que las naciones y lo nacional no tienen tanta importancia, y que la vida cotidiana, la diversidad de identidades e inclinaciones humanas y sociales de los individuos, gran parte de las preocupaciones y las ideas sobre el medio ambiente, la vida cívica y otras cuestiones se pueden y se deben compartir sin ninguna reserva por las personas de “todas” las naciones.

Detrás está la estrategia imperialista de desnacionalización de la población de la mayoría de las naciones, para desarmarlas y dominarlas más fácilmente, pero este peligro mortal no es objeto de polémicas políticas ni ideológicas. Los comportamientos desarmantes parecen algo natural, “normal”, y pueden llevar a considerar anticuado, obcecado y hasta cavernícola al que insiste en fastidiosos discursos políticos.

Permítanme usar un material de hace dos meses para añadir criterios acerca de los símbolos. En los pueblos que han logrado avanzar en la lucha contra el colonialismo que el capitalismo le ha impuesto a la mayoría del planeta, numerosos aspectos de su universo simbólico adquieren una importancia excepcional. Son fuerzas inmensas con las que cuentan, muy superiores a sus escasas fuerzas materiales, porque son capaces de promover la emoción, exaltar los valores y guiar la actuación hasta cotas de esfuerzos, incluso de abnegación, heroísmo y sacrificios, que

serían imposibles sin ellas, y propician triunfos que pueden ser asombrosos. Al mismo tiempo, esos símbolos son el santo y seña cívico de una comunidad nacional, las canciones, las telas, los nombres, los lugares que identifican y reúnen a las hijas y los hijos de un pueblo orgulloso de su historia.

Por eso los símbolos cubanos son hoy también un frente en la guerra cultural. Pero lo que a mi juicio será decisivo es si enfrentaremos o no nuestros problemas fundamentales como revolucionarios cubanos socialistas, con la mayor participación real que sea posible en cada caso, con honestidad ante los datos de los problemas, la apelación al consenso y la creatividad de los implicados, la mayor flexibilidad táctica y el más férreo apego a los principios.

Hay que defender y difundir la causa del patriotismo socialista, la hija de la revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, hay que hacer conciencia y movilizar, hay que vivir y compartir las emociones y los sentimientos, las ideas y las actuaciones que han llevado a este pueblo a ser admirado en el mundo. Los símbolos nacionales no son cosas fijas que deben ser honradas según un recetario establecido, son algo que no vive por sí, sino cuando lo hacemos vivir. Son una relación íntima de cada uno y del pueblo entero con una dimensión que las personas revolucionarias y la nación liberada convirtieron en algo entrañable. Son la campana de La Demajagua de hoy, que apuesta a un futuro de libertad, soberanía y justicia social.

- (1) Por cierto, vengo utilizando el concepto de guerra cultural y alertando en público acerca de ella desde hace más de veinte años. Ver "Anticapitalismo y problemas de la hegemonía", de febrero de 1997, en Fernando Martínez Heredia, *En el horno de los 90. Edición 2005*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, pp.242-245.

[Ir Arriba](#)



**Mientras la barca de la democracia choca con la roca del capitalismo.
Carlos Luque Zayas Bazán**

Es muy socorrido que se califique de inmovilista, dogmático u oficialista, o anclado en el pasado, o estatista, a todo aquel análisis del proceso político cubano que emplee algún término, advertencia, valoración o propuesta, que apenas así sea se sospeche que se opone al diálogo, o a las negociaciones en curso, o a las búsquedas de consensos, o que se vea obligado a emplear palabras que denoten alguna firmeza en determinadas convicciones, como enemigo, guerra cultural, o resistencia, o unidad. Hasta se ha llegado a negar que exista una guerra cultural en Cuba.

Es una corriente de pensamiento entre cuyas aguas, sintomáticamente, no asoman la cabeza o hacen naufragar otras palabras del mataburros, como revolución, socialismo, marxismo, propiedad estatal, y, en cambio, nadan muy bien o sacan de allí a la superficie con bastante frecuencia, conciliación, democracia, libertad de expresión, derechos humanos, cambios, cambio de régimen, tránsito, evolución, reformas, etc.

Tanto en lo que fundamenta como en lo que impugna, es un discurso que se nutre y aprovecha del innegable prestigio del pensamiento republicano de la Ilustración, a la vez que se catapulta cómodamente sobre el descrédito del socialismo que realmente existió hasta su estrepitosa caída.

Así, es bien conocido el gran provecho que el pensamiento liberal y neoliberal de sus prestigiosos gurúes le han sacado a esa feliz combinación. Sobre estas últimas inglorias ruinas, y la desnaturalización de aquel magnífico sueño republicano, ha edificado e impuesto la cultura neoliberal el éxito de su engañosa visión, vendiendo la búsqueda del éxito individualista y fomentando las minúsculas ambiciones humanas, como el único camino posible hacia la felicidad y la virtud, para que aquellas utopías colectivas de las revoluciones no despierten ya jamás del sopor consumista en que una buena cantidad de habitantes de este puntito azul en que vivimos se adormece.

La ubicuidad siempre ha sido atemorizante, los dioses son inapresables y omnipresentes. Por eso es tan difícil visualizar el Gran Estado del Capital que hoy se abate sobre la Humanidad, mientras un pobre diablo afirma que ya él no le trabajará más al “estado socialista”, su estado, que le han enseñado a ver como su enemigo, porque ya no es capaz de distinguir aquel por el que realmente arrastra su vida sin ilusiones. Aquí se ha revertido el mito y es ahora el avasallador Polifemo quien se viste del nombre de Nadie para poder devorar al viajero.

La práctica liberal y neoliberal, que Alain Badiou ha llamado la “liberación del liberalismo”, con toda su incesante cadena de privatizaciones, destrucción de las garantías laborales, concentración oligopólica de la riqueza y los recursos públicos, y el estrechamiento indetenible de los márgenes de soberanía de los estados nacionales, sin embargo, ha logrado convertir en su rehén también privado el tesoro milenario del pensamiento democrático, apropiarse de su lenguaje, e imponer la aplicación de sus concepciones, pero la bella figura de la Libertad la han vestido de un ropaje engañador: no es fácil ver cómo la separación trinitaria de los poderes es en el capitalismo una verdadera repartición de poderes. El lector curioso y simple diletante tiene que bregar duramente y dedicarle a la lectura y el estudio un tiempo que desgraciadamente no siempre se tiene por las exigencias de la cotidianidad.

El triunfo de esa cultura en ciertas personas se nota mucho si uno decide arrojar un poco de tiempo por la ventana, y leer los comentarios del ciberchancleteo en algunos foros digitales, y eso cuando

la palabra humana no se degrada en los ataques más vulgares y envalentonados por el anonimato.

Se nota en la repetición de términos como el “inmovilismo” del socialismo, (y no les pregunte si saben distinguir hacia dónde es que me mueve, si se mueve, lo que suponen su contrario), o las diatribas contra los “estatistas”, los dogmáticos y oficialistas, que son siempre los que atentan contra la libertad de expresión, los negadores de los derechos humanos, y en resumen, los enemigos de la democracia y los amigos de las dictaduras. Creo que a eso le llaman hacer uso de la libertad de expresión, cuando quizás sólo sea la libertad de excreción, acto humano muy digno, pero no en el uso de la palabra que se dice pública.

Curiosamente en relación con lo anterior, los campeones del anti dogmatismo, tal pareciera que nunca cavilaran una siniestra posibilidad: que a su vez estén repitiendo o creando nuevos dogmas en sus interpretaciones y propuestas, por estar detenidos ante el espejo y el límite de horizonte que le proporciona la práctica democrática “realmente existente” principalmente la que se ha conocido en el mundo a partir de las revoluciones burguesas europeas. Como no hay manera, al menos sin faltar a la honestidad intelectual y en la medida que las ciencias sociales puedan hacerlo, – de demostrar que exista la verdadera democracia hoy en muchos gobiernos, pues al menos hay que virarse para tercera con la bola escondida y limitarse a proponer para Cuba una prístina y pura aplicación democrática, como surgida de una aséptica y amable caverna platónica, en que las ideas están allí, flotando e incontaminadas, completas y definitivas, listas para su aplicación, y desasidas del análisis de cómo puede despertar, y está ocurriendo, la dinámica del sueño democrático de la pesadilla de la realidad capitalista mundializada.

Se le podría solicitar a un representante lúcido, honesto e inteligente del republicanismo (que por gran suerte los hay) que tenga en cuenta en sus propuestas “prácticas”, o en sus investigaciones teóricas, y en sus exigencias, en sus reivindicaciones, pero sobre todo en las soluciones que proponga, las siguientes realidades:

- 1) el predominio ya casi absoluto del capital transnacional en el mercado mundial;
- 2) el casi absoluto dominio del espacio informativo por muy pocos oligopolios de la información;
- 3) el hecho incontrovertible, tanto histórico y actual de que ninguna de las democracias latinoamericanas son verdaderamente respetadas, y sí agredidas mediante un surtido de medios tan innovadores como aparentemente inagotables. Ni las muy poco “simpáticas”, para no mencionar a las más demonizadas, que son las que han ganado más de una decena de veces en el ruedo de las elecciones, pero eso no basta para ser democracias a los ojos de los amos de la verdad. Pero tampoco la de países como Honduras, Argentina o Brasil en estos últimos tiempos, y sí toda aquella que entre por el carril de lo que se impone como democracia;

4) un análisis de la posible dinámica prospectiva de las relaciones EEUU-Cuba a la luz de los objetivos no ocultos del nuevo amigo;

5) Un análisis del estado geopolítico del mundo actual;

Si los puntos anteriores no son tenidos en cuenta, y todos los otros que se escapan pues soy sólo un simple comentarista, estamos sembrando en el aire, como aquellos árboles famosos de la brillante frase de Martí, para que lo tundan y talen las tempestades. No hay otra parcela del pensamiento hoy donde sea tan urgente hallar la interrelación entre todos estos elementos mencionados antes, y en Cuba mucho más, si es que se pretende, desde la academia, contribuir con algo más serio y real, que propuestas teóricas. Proponer cambios con una reflexión que sólo se reduzca a exigir en el frío marco de las normativas abstractas de la tradición, sin tener en cuenta aquellos puntos, convierten al pensador en aquel metafísico que discurría sobre el sexo de los ángeles. Está proponiendo una bella entelequia desasida de la terrible realidad.

Pero mientras esos estudios son casi inexistentes entre el pensamiento criollo, y sin embargo no escasea en otros lares para sus específicas situaciones, por ello abundan las propuestas que están inspiradas en las prácticas constitucionalistas latinoamericanas de los gobiernos progresistas del momento. Pero allí se detienen, porque lo que no encontraremos con la frecuencia deseada en esos análisis de la experiencia nustramericana, son los análisis de cómo resolver (y sobre todo, vencer en Cuba) las ingentes dificultades que estos países ya afrontan y que se pueden reproducir en la Isla, cuando sus políticas de beneficio popular se ven obligadas a jugar en la cancha donde únicamente están dispuestos a jugar la ficción democrática los poderosos: a) con la mayor porción de poder mediático en sus manos, b) con la alianza pronta e irrestricta del capital internacional, y llegado el caso, la militar c) con la supervivencia interna de la propiedad privada del gran capital, d) el enorme poder de violenta intromisión que estos tres factores conjugados le permiten al capitalismo interno y externo para deformar, manipular y conducir el imaginario social en los procesos de elecciones, y a la vez periodizar el tiempo de gobierno, existiendo así la amenaza constante (siempre con aquellas tres decisivas bazas a,b,c en las manos) de la regresión conservadora derechista (hoy Argentina, Brasil), o la manipulación de las leyes contra los indeseables, o cualquier otro expediente del momento actual.

Cuba está prácticamente protegida, hasta el momento al menos, de los factores a,b,c y por lo tanto, del d, porque lo que hizo fue, efectivamente, una revolución.

Por eso se oye con tanta insistencia desde ciertas plataformas y personeros de dudosa legitimidad para inmiscuirse en los asuntos cubanos, una serie de reivindicaciones y exigencias que pueden contribuir, incluso contra la voluntad de los bienintencionados, a sembrar el semillero del que alguna vez broten las zarzas ardientes que permitan alumbrar el siniestro camino de la perdición,

cuando se instalen poco a poco esas condiciones: prensa privada, elecciones multipartidistas, fragmentación del tejido social en inconexos intereses individuales, una clase media favorecida, siembra de desconfianza y desaliento, minería acuciosa en las dificultades, análisis descontextualizado de la historia o los fenómenos migratorios, cuestionamiento del carácter del estado o el partido cubanos como representantes válidos, cuestionamiento de la peculiar democracia cubana, todo ello alentado y pagado mediante hilos sutiles o injerencias descaradas en la formación de las juventudes. Pero ahora, en mi opinión, y pese al clamor de simpatía que suscitan los adormecidos cánticos optimistas, no se valora con suficiente claridad todavía que la política amistosa del buen vecino se propone crear esas condiciones, y abonarlas por control remoto, y de manera tal que no aparezcan ellos como los hechiceros que cocinaron directamente la pócima en la marmita de la historia insular, sino que sean los propios cubanos quienes acopien las semillas, aren el terreno, hagan la siembra, abonen, y cosechen el resultado.

El más de medio siglo de agresiones directas e indirectas, nacionales y extraterritoriales, fue la larga y paciente, y en varios aspectos claves exitosa, preparación artillera, aunque ahora algunos increíblemente se atoren con la atractiva retórica de que todo es consecuencia de la comprensión de un olímpico “fracaso”. Los caminos de la historia son, como el de Dios, inescrutables, pero una vez que se conocen bien los senderos y los pasos de sus caminantes, no tan imprevisibles. Y no prever en política, ya sabemos, es un crimen.

El “fracaso” asumido por el ilustre visitante presidente en Cuba, no reveló una secreta certidumbre que el elocuente orador se mostró muy cuidadoso de ocultar tras su encantadora sonrisa y ágiles maneras. Imaginemos esos pensamientos: 1) las favorables probabilidades de un éxito para el cambio de régimen, fundado en que tiene que existir un desgaste que era previsible después del agónico camino que mis predecesores le han infligido a este pueblo; 2) una situación latinoamericana que se revierte, pues la unidad continental que se comenzaba a fraguar tan peligrosamente para los intereses de EEUU, ya comienza a estallar aquí y allá; 3) la probable nueva soledad de este corredor de fondo que es Cuba, casi ya solitario en este mundo del sueño socialista, cuando le comiencen a fallar los insumos de sus aliados a causa de lo anterior, (hoy el Mariel ya está en dificultades por el golpe parlamentario en Brasil); 4) un cambio generacional y sus consecuencias y conflictos (por ejemplo, es muy probable que ni las nuevas, ni algunos representantes de las viejas generaciones depositen su confianza en los nuevos líderes del partido y logremos enterrar mucho más la semillita de la necesidad de elecciones distintas a las que se han dado a sí mismos los cubanos, que es un espectáculo carnavalesco tan propicio para usar nuestra tecnología y artillería cultural); 5) la evidente erosión a que hemos sometido la concepción estatal socialista y todo lo que tiene que ver con los socialismos, aunque nosotros somos cada vez más un enorme estado mundializado y militarizado; 6) los diferentes intereses gremiales, intelectuales o económicos que vamos a dividir en parcelas, en mil ambiciones, y auapar, y si es

posible financiar y alentar; 7) una población juvenil que imagino mayoritariamente inficionada por nuestra cultura superior, y la inevitable reinyección en ese mundo mediante la ubicuidad de las tecnologías, y redes de nuestra visión del mundo, pues la austeridad y el sacrificio es ya moneda moral muy devaluada, y hemos logrado ponerlo a la cuenta del fracaso del socialismo, pues nuestras vitrinas siempre están muy bien surtidas, y además siempre tendremos a mano que, con las dificultades que hemos creado y las futuras provocadas por errores que no podrán dejar de cometer – porque se la pondremos muy difícil parcelando las ayudas, prometiendo aquí, estrechando allá, sin prisa, pero sin pausas, – sus profesionales y sus inteligencias nunca podrán ser bien recompensadas, y allí ofreceremos nosotros a oportunistas o idealistas, nuestras 30 monedas, siempre tan efectivas...ha llegado, pues, el momento de prometer el paraíso del derrame de la riqueza, pero de manera que dosifiquemos las zanahorias en la medida en que cada uno de esos elementos se muestren propicios. Y así ha comenzado otro capítulo con la reciente abstención en la ONU.

Una preparación que tiene nuevo episodio y que apenas comienza: el juego en el Congreso, el pulseo entre el garrote inteligente y las zanahorias económicas que son tan vitales a Cuba para el sostenimiento de su proyecto, y donde, además, gravitará mucho todo lo que vaya sucediendo en el patio trasero, ahora convulso por el reflujo neoliberal, o allende allá en el mar meridional de la China, y en el Oriente Medio, es decir, la suerte de la tensión mortal que EEUU y la OTAN hoy sostiene con China, Rusia, Irán y Siria y toda la convulsa trama de aquella región.

Algunos analistas no miran hacia allá, o como son personas informadas, no pueden dejar de tener en cuenta esas inquietudes. Pero es obligación de los entendidos en abordar estos temas en su íntima relación, si es que las inteligencias quieren contribuir a la causa más allá de exigencias que son válidas, pero que deben ser también, y urgentemente, atinadas.

Algunas propuestas para Cuba de los transicionalistas, o los demócratas teóricos y librescos, muestran a veces muy sutiles como etéreos vínculos mediante la tercerización de relaciones con los alambicados caminos de las rutas del dinero, relaciones con ciertas “amistades peligrosas”, con “instituciones”, ONGs, “academias”, o medios de divulgación digitales externos o internos, graciosamente apoyados o financiados, que tienen un hilo conductor sutilísimo hasta el gran capital, como es el ejemplo de las instituciones de Soros, las becas de formación de líderes y como si ya la fabricación de líderes internos fuera también ya un derecho internacional.

El caso es que esas corrientes a que nos referimos se anclan, con peligro de dogmatizar, en sus conocimientos de academia, y usufructúan el prestigio y los aplausos y simpatías de la palabra libertad, democracia y libertad de expresión, pero clamadas en el desierto de una propuesta abstracta por cuanto no se responsabilizan por una creación original y, además, nunca vemos en sus estudios un análisis siquiera somero de la realidad geopolítica mundial, esa, una realidad, que

marcha tenazmente por otros carriles. O los estudios que sobre la relación democracia – capitalismo hoy abundan.

Ocurre que hoy existen pensadores, activistas, filósofos y políticos – por supuesto, estos sospechosamente de formación y convicciones marxistas, pero del marxismo que nada tiene que ver con la variante de lo peor del marxismo-leninismo de manual, y mucho menos con su variante **Groucho, como dice el chiste**, -, que advierten continuamente que la concepción occidental democrática, tal como es aplicada hoy en la inmensa mayoría de los países que se hinchan de orgullo por sus sociedades, es una democracia instrumental y subsidiaria del capital (que es lo más antidemocrático que se pueda imaginar), y que en vez de separación de poderes, lo que ocurre de facto es una repartición de poderes (como ocurre ahora mismo en este segundo (escribo mientras espero se verifique un golpe parlamentario y partidista “suavísimo” en el estado español para dejar el camino libre a la peor derecha neoliberal de Mariano Rajoy y el PP, e impedir el avance de Unidos Podemos, qué casualidad, un partido antisistema con simpatías fundamentales con Cuba, Venezuela y todo lo que huelga a anticapitalismo radical). Y en Europa toda no es otra la realidad, donde la democracia que existe ha degenerado en la autocracia de la banca. Y aquí detengo estas notas para escuchar un poco las discusiones en que será investido Rajoy. No pretendo tener la razón en todo lo que argumento, y quizás casi en nada, o en nada. Entonces que sólo sirvan estas ideas para hacer pensar, ya esa sería la única y buena contribución a que aspiraría. Escribo estas notas en mis ratos libres, estas notas no se pagan, y hasta pueden provocar suspicacias de cocinarse en retorcidas oscuras retortas, para decirlo con una infame cacofonía medieval. Pero de algún acierto, o muchas equivocaciones, soy el único responsable.

(Tomado del blog la Pupila Insomne)

[Ir Arriba](#)



La guerra cultural en Cuba Enrique Ubieta

(Transcripción de sus palabras en el espacio Dialogar, dialogar de la AHS)

Yo he recorrido el país y he conversado con muchos estudiantes sobre estos temas y aprecio este espacio, no solo porque lo convoca la AHS, sino porque ofrece la posibilidad de que asista un público heterogéneo que es desconocido por mí, que podría ser de cualquier sector de la sociedad.

Siempre que se me ha pedido hablar de la subversión, rectifico el concepto en función de lo que obviamente trabajo, que es la lucha de ideas o la lucha en el entorno ideológico, que yo suelo enmarcar, sobre todo, en un ámbito cultural. Me parece más preciso hablar de la guerra cultural que se establece en torno a la construcción de una sociedad alternativa, y de la ofensiva general que se ha producido en los últimos años con el objetivo de aprovechar el fin biológico de la generación histórica que hizo la Revolución y el advenimiento al poder de nuevas generaciones.

Hablo de guerra cultural –quiero enfatizar eso– porque entiendo que ese concepto incluye lo ideológico y lo político y algunas cosas más que me parecen esenciales. No se trata de la simple lucha por el poder: no es una guerra entre personas que están a favor o en contra de un gobierno. Se trata de una guerra entre personas que están a favor o en contra *de un sistema*, que implica también una percepción cultural del mundo, una manera de entender el concepto de felicidad, tanto en la vida personal como colectiva. Entonces, lo que nos quieren cambiar es la mente. Quieren que la sociedad cubana cambie su manera de pensar, sus ideales, sus expectativas; quieren construir un proceso de cambios paulatinos en la mente de los cubanos que nos conduzcan, sin necesidad de que se produzca la caída del gobierno, al capitalismo.

Hablo de que existen dos maneras de entender las relaciones entre las personas y los objetos, que se expresan en lo que llamamos, de una parte, la cultura del ser y de la otra, la cultura del tener. Entiendo por **cultura del tener** una forma de vida que se rige por las leyes del consumismo –no las del consumo–, que nos convierte en esclavos de las cosas, porque son las cosas las que establecen el valor de las personas, lo que valen, lo que significan, el nivel del éxito alcanzado en la sociedad. A la cultura del tener no le importa el origen del dinero. Usted puede tener mucho porque ganó la lotería, porque lo heredó o porque lo robó y no lo han cogido preso, o porque siendo actor hizo una película mala pero taquillera: si tiene mucho es una persona importante. Es decir, **el ser** pasa a segundo plano frente **al tener**. Y el tener conlleva a su vez la exhibición de lo que se tiene. Usted no es nadie si tiene y no lo exhibe, si la gente no puede apreciar que usted tiene, que es lo que marca su valor en la sociedad. Cuando en Cuba hablamos de *especulación*, un término que nada tiene que ver con el término exhibicionismo (pero que popularmente se usa como sinónimo), nos referimos al predominio de la cultura del tener en algunas personas. Hay un príncipe árabe que la revista *Forbes* ubica entre los diez hombres más ricos del mundo y que enchapó su avión personal en oro –supongo que hizo los cálculos correctos para que no se caiga–; ¿qué diferencia hay entre ese personaje que no está loco, que no es un obsesivo, sino simplemente un personaje del sistema, que necesita demostrarle al mundo cuánto tiene, porque eso establece cuánto vale, y ese otro que está sentado en mi cuadra en el barrio de Colón de Centro Habana, y que lleva tres cadenas de oro al cuello? La diferencia obviamente es de cantidad de dinero, pero no hay ninguna diferencia en las intenciones, porque estamos hablando del mismo acto dentro del

sistema de valores de la cultura del tener. Es decir, yo valgo porque tengo tres cadenas de oro o yo valgo porque tengo el avión enchapado en oro.

Por supuesto, el socialismo no significa que la gente no tenga. Eso sería un absurdo, no puede sostenerse una sociedad que no tenga un consumo razonable que lleve a un mejor nivel de vida, que signifique de algún modo un progreso personal. Todo eso es correcto y el socialismo no lo puede negar bajo ningún concepto. Pero sí de que nos propongamos cumplir –y sabemos que no se cumple en la sociedad cubana actual–, la máxima de que a cada cual se le exija según su capacidad y se le de según su trabajo. En este caso, se ubica en primer lugar lo que cada quien es (lo que entrega a la sociedad) y por tanto, lo que merece recibir a cambio de su trabajo.

En la sociedad cubana de hoy tenemos la pirámide invertida. Precisamente, los Lineamientos se proponen resituar la pirámide en su lugar y que las personas puedan ganar por lo que aportan y que esa ganancia esté sustentada en lo que la gentes es concretamente. Esto que parece muy general, quizás parezca muy teórico, yo creo que es la base de lo que podemos entender por una confrontación entre la cultura del capitalismo y la cultura del socialismo, como alternativas opuestas de vida. Insisto en ello, porque hay personas que de alguna manera desechan esa contradicción, y al final terminan atrapados en ella. Lo que somos hoy en Cuba, lo que tratamos de construir hoy en Cuba, parte de una tradición nacional, de un pensamiento nacional, pero también de un concepto de vida alternativo al capitalista. Cuando se nos dice: ustedes tiene que acabar de ser “normales”, llevan 50 años de Revolución, sean normales, yo siempre pregunto: ¿qué nos piden?; cuando dicen que seamos normales ¿qué quieren decir con eso? Lo normal en el mundo es el consumismo, lo normal en el mundo son las leyes bravas del mercado y yo no quiero ser normal. Yo no quisiera que este país retrocediera. Creo que la gran victoria de Cuba es no ser normal en un mundo donde la injusticia social y la indiferencia ante ella son normales. Entonces, Cuba marcha por un camino diferente, por un camino alternativo que intenta conservar en un mundo extraordinariamente hostil, porque es un mundo diseñado por la clase hegemónica capitalista.

Cuando me preguntan ¿qué es lo que predomina hoy en Cuba, la cultura del capitalismo o la del socialismo?, yo tengo que empezar por decir que la cultura del capitalismo es la cultura predominante en el mundo, es la cultura que se sustenta sobre la base material del capitalismo. La socialista es un proyecto en construcción y eso implica obviamente que nosotros seamos consumidores de la cultura capitalista y que además la reproduzcamos. Nosotros caemos en la trampa de reproducir los valores del capitalismo, con programas de televisión que hacemos nosotros, y también en el cine o en la literatura. Porque el socialismo no es un lugar de llegada. El socialismo es un camino en el que tratamos de optar por la negación y la superación del capitalismo. Es una contradicción entre dos sistemas que no disminuye, que se intensifica durante el largo camino de superación. Pongo un ejemplo muy actual: el tema de la corrupción, algo que los

enemigos nos señalan continuamente y que nosotros mismos señalamos en Cuba, porque es totalmente contradictorio con el sistema. La corrupción nos duele, nos sorprende y nos hace creer que es un grave problema “nuestro” y lo es, porque es un cáncer para el socialismo; la corrupción no se nota en el capitalismo porque es inherente a él; no destruye al capitalismo, a nosotros sí. La corrupción no es el resultado del socialismo; es la evidencia de que el capitalismo todavía se reproduce en nuestra sociedad. El socialismo presupone una ética social e individual superior, e implica un nivel muy superior de exigencia individual.

Otro ámbito cultural que me parece esencial es el de la memoria histórica. Vivimos en un país donde la inmensa mayoría de la población nació después de la Revolución. Significa que estamos construyendo una sociedad alternativa a una sociedad que no vivimos, de la cual no tenemos vivencias personales. Y los jóvenes que mañana asumirán las posiciones fundamentales del país, tendrán que conducir la revolución sin ni siquiera contar a su lado con la última generación que vivió el capitalismo, en medio de una guerra cultural de altísima intensidad. Porque no existe ningún proyecto de futuro que no se sustente en una tradición, que no tenga la vista puesta en un pasado, o mejor dicho, en una interpretación del pasado. Respeto mucho los instrumentos científicos de los estudios históricos, creo que son importantísimos, pero al mismo tiempo, no dejo de recordar que toda interpretación —y la historia no es más que una continua reinterpretación del pasado—, conduce a un futuro específico, que cada nueva época reinterpreta el pasado en función de un proyecto de futuro. En Miami, ustedes sabrán, hay un monumento a los héroes de Playa Girón, es decir, a los mercenarios que desembarcaron por Bahía de Cochinos como dicen ellos, aquí hay uno para los milicianos que defendieron el país de esa invasión. Aquellos son los héroes de aquel proyecto, estos son los héroes de este proyecto. Lo que quiero decir es que no existe un proyecto de sociedad en la que todos, aquellos mercenarios y estos milicianos, sean al mismo tiempo héroes: cada sociedad tiene los suyos. Estos están en función del proyecto de futuro.

Siempre recuerdo esta anécdota: en una ocasión estaba ayudando a mi tío a conseguir un cambio de vivienda y me tropecé con una señora que se imaginaba viviendo el capitalismo en Cuba y le ofrecía a mi tío un apartamento “con garaje”, pero yo, que conocía el apartamento que ella ofertaba, le aclaraba que no lo tenía, porque aquel garaje había sido declarado monumento nacional, ya que en él se habían escondido José Antonio Echeverría y los asaltantes al Palacio Presidencial y a Radio Reloj en 1957. Aquella señora se echó para atrás con una sonrisa en los labios y me respondió: pero señor, José Antonio Echeverría solo es importante para este gobierno, en un futuro nadie se va a acordar de él. Y a mí me resultó la afirmación tan ofensiva que empecé a discutir, pero también comprendí que ella sabía lo que estaba diciendo. Porque los héroes de una Cuba capitalista no serán ni Julio Antonio Mella, ni Villena, ni José Antonio Echeverría, ni Jesús Menéndez, Frank País, Ernesto Che Guevara. O sea, que el panteón de héroes sería otro. Por eso cuando nos piden a los revolucionarios —que somos obsesivos con la verdad porque la

necesitamos y toda revolución comienza alfabetizando a su población, empieza exigiéndole a su población que estudie—, que rescatemos y situemos a todos los personajes de la historia en el mismo lugar, están siendo hipócritas. Es cierto que en ocasiones hemos explicado los hechos históricos de forma maniquea, y que la victoria de nuestros héroes es grandiosa precisamente porque nuestros villanos no eran estúpidos o cobardes como a veces parece en la descripción de los hechos. Pero no existen panteones ecuménicos. Cuando uno llega hoy a los países de Europa del Este y observa que todos los héroes del socialismo, los propios y los ajenos, fueron arrancados de sus pedestales, comprende cuán hipócritas eran sus reclamos. ¿Cuáles serían los héroes de esa Cuba capitalista anhelada por ellos? Héroes de pacotilla. Ya se reescribe la historia: Batista “el benefactor”; Che Guevara, “el asesino”.

Pero hay otra manera de reconstruir la historia, y es por la vía emocional: nos quieren vender una imagen falsa de los años 50 como si aquella hubiese sido una época de fiesta, de diversión, nos venden una Habana llena de luces de neón, de bares y cabarets, de alegría, y después, por supuesto, sobrevino lo peor; como decía en su canción Carlos Puebla (interpretándolo en un sentido literal): “llegó el Comandante y mandó a parar, se acabó la diversión”. Nos quieren hacer creer que los años 60 fueron años de tristeza, de oscuridad. Es una contraposición que no funciona racionalmente sino a nivel emocional, se apoya en elementos extra políticos, porque en el mundo entero hay cierta moda, cierta tendencia a recuperar la arquitectura, las imágenes de los años 50, porque fueron años en los que el capitalismo norteamericano tuvo cierta estabilidad económica. Aquella década se convirtió en un mito que se retoma hoy, en medio de violentas crisis económicas. Pero a Cuba llega viciada por la confrontación entre sistemas, por la clara división de épocas que marca el año 1959. Y se nos siembra la idea de que tenemos que recuperar los ídolos de antes del 59, cada pedacito de La Habana tal como era antes del 59, como si aquella fuese nuestra verdadera tradición y quiero advertir que Cuba ha vivido ya más años en Revolución, que los que vivió durante la neocolonia. Algunos pretenden sustituir los nombres de las calles o de las tiendas —los que ya el pueblo identifica con los nombres actuales, no me refiero a los nombres que nunca fueron aceptados— por el que tuvo en la primera mitad del siglo XX.

Quiero que se entienda que hoy necesitamos del debate, de la discusión, como nunca antes. Quiero insistir también en esto. Porque esta guerra cultural solo es posible ganarla desde el debate. Solo es posible ganarla desde la construcción de miradas críticas. De la capacidad que tenga la gente —sobre todo los jóvenes— de discernir lo que es bueno y lo que es malo. Hay una gran exposición en estos momentos de materiales, hay un trasiego de información que no tiene nada que ver con lo que el estado produce y distribuye. Las nuevas tecnologías introducen esa posibilidad. Hay *videos clip*, por ejemplo, como el de Yakarta y el Chacal, “Ellas son locas”, excelentes para dar clases de esto que estamos planteando. En ese video los cantantes traen en las manos fajos de billetes y lo lanzan al aire, se rodean de bellas mujeres desnudas, disfrutan del poder que otorga el dinero. Ese video no se exhibió en la televisión, pero corrió por todo el país y

muchos jóvenes lo vieron. No se puede prohibir, pero hay que establecer jerarquías. La televisión es un lugar que tiene que establecer jerarquías y responsabilidades en lo que se ofrece a la gente. Usted puede pintar cualquier barbaridad en su casa y nadie se lo prohíbe, pero no puede pedir una galería.

Tenemos que educar la capacidad crítica en los jóvenes. Una capacidad crítica que permita que lo vean todo –y yo creo que los jóvenes deben verlo todo y saber discernir– y eso tiene que interiorizarse en los comités de base, en las brigadas de la FEU y en los colectivos de profesores. Yo creo que un maestro de secundaria tiene que ver las series juveniles que pasan en TV antes de la comida. Series norteamericanas de televisión con muy buena factura, que reproducen los valores de la cultura del tener, y debe conversar con los muchachos después sobre esas series, no para impugnarlas, sino para aportarles otra mirada, otros argumentos que amplíen la capacidad de recepción de sus alumnos. Los maestros pueden hacer mucho en ese sentido.

Intervención durante el debate.

Me encanta este tipo de debate. Permite repensar muchas cosas, ajustarlas y afirmarlas. Es un debate que siempre resulta útil para todos. No estoy del todo de acuerdo con la frase de que no hemos cambiado nada (sobre la prensa), yo creo que hay un proceso de evolución. El mundo de la llamada libre información, de las grandes transnacionales, es el que construye los esquemas de pensamiento, el que construye las miradas. No está interesado en la verdad, está interesado en esa construcción que se sustenta en lo verosímil, trabaja con lo verosímil y construye estados generales de opinión. El socialismo en el mundo surgió en países atrasados, en condiciones de guerra total. Y durante mucho tiempo la idea que prevaleció en esos países que estaban tratando de crear una cultura alternativa era establecer una especie de coraza que los protegiera de la desinformación de la llamada prensa libre. Eso lo heredamos nosotros también. En el punto en que estamos lo peor que nos puede pasar es que pensemos que andamos con una coraza, cuando en realidad no tenemos ninguna coraza. Hoy las nuevas tecnologías hacen que todo ese sistema de construcción de mentalidades antisocialistas, que introduce los valores del capitalismo, esté en la calle, reproduciéndose y dialogando con la gente. Tenemos que enfrentar ese hecho desde la cultura, desde el debate crítico. Lo único que nos puede salvar es la conformación de un pensamiento crítico que sea capaz de discernir, que no es la simple suma de conocimientos, pues hay personas que conocen mucho y son contaminadas con facilidad, con cualquier estupidez. Esa capacidad crítica no surge de un conocimiento especial, sino de un entrenamiento especial que emana del debate. Ese debate tiene que estar en los comités de base, en los grupos de la FEU, etc.

¿Qué es una crítica? Yo insisto en eso, porque hay una tendencia a desideologizar. Yo creo que

hay que distinguir entre la crítica revolucionaria y la crítica contrarrevolucionaria. Me niego a homogeneizar, a quitar apellidos al hablar de la crítica. Si hay algo que es cierto seguirá siéndolo tanto si lo dice un revolucionario como si lo dice un contrarrevolucionario. Pero una crítica no es un enunciado. Un contrarrevolucionario y yo podemos coincidir diciendo que en Cuba hay corrupción y prostitución y los dos estamos partiendo de un hecho concreto, pero una crítica es más que un enunciado. Y la verdad se construye con dos cosas fundamentales: su historia –es decir, toda verdad tiene una historia que marca su lógica interna– y su solución, su proyecto implícito de solución. En este punto específicamente es donde nos bifurcamos. Es decir, si Yoani Sánchez dice que en Cuba hay corrupción o cita un caso concreto de corrupción y después dice que la corrupción es inherente al socialismo y que hay que transitar hacia el capitalismo para salvar al país de la corrupción, está diciendo una mentira colosal. Porque la corrupción es inherente al capitalismo. Y si me dice que hay prostitución y después me dice que la prostitución es el resultado del socialismo, de la construcción de esta sociedad alternativa... no, si hay capitalismo la prostitución se institucionaliza. Se transforma en una mafia, totalmente respaldada por el sistema. Ahí es donde la crítica adquiere un contenido revolucionario o un contenido contrarrevolucionario. Yo creo que la verdad siempre es revolucionaria y solo la crítica revolucionaria es verdadera, la crítica contrarrevolucionaria termina siendo una mentira, que manipula el concepto de verdad.

¿Cómo conformar la conciencia crítica? Yo a veces trato de separarme de las estadísticas que se manejan con ínfulas científicas en el país. Desconfío de las estadísticas. Creo que existen verdades, mentiras y estadísticas. Me gusta repetir la famosa frase de Martí cuando hablaba en Tampa del espíritu de la Revolución existente en Cuba, y alguien que acababa de llegar del país dice que no se respiraba ese espíritu en la atmósfera de la Isla. Y Martí responde: pero yo no estoy hablando de la atmósfera, yo hablo del subsuelo. O sea, yo no quiero descripciones de atmósferas, yo creo que toda realidad es lo que se ve y lo que potencialmente puede ser, desde nuestras convicciones y cosmovisiones. Cuando hablo de estos temas, no lo hago situándome frente a las instituciones, yo quisiera que la televisión cubana fuera mejor –aunque es mejor que la común que existe en el mundo– y trato de hacer algo aunque es poco lo que puedo hacer pues no trabajo en la televisión, pero sí puedo ir de universidad en universidad discutiendo mis ideas y puedo actuar socialmente. Yo hago una diferenciación entre la acción de las instituciones –a las que sin dudas hay que presionar– de la responsabilidad individual que cada uno de nosotros tiene. Estoy plenamente consciente de la necesidad de construir un consumidor, un lector culto. El principal daño que nos hizo el período especial y los planes enemigos es que los revolucionarios de ese momento no supimos construirnos generacionalmente. Pero eso no me va a detener a mí, para nada.

Pienso que el lenguaje de la violencia es un lenguaje contrarrevolucionario. La violencia es contrarrevolucionaria. El enemigo quiere hacernos creer que la violencia es el resultado de la acción revolucionaria. Es decir, ellos hablan de la izquierda revolucionaria “violenta” y de la

izquierda “democrática”, que supuestamente es una izquierda pacífica, conciliadora. En verdad, la izquierda revolucionaria, a la que yo me adscribo plenamente, es violenta en tanto la derecha trata de justificar la violencia que implica la injusticia y hace inoperante otra forma de lucha que no sea violenta. Pero yo no apoyo la violencia, esa no es mi perspectiva de vida. La violencia me obliga a acciones que no son las que me motivan en la vida. La violencia revolucionaria es una respuesta a la violencia contrarrevolucionaria. Hay una especie de recuperación de la idea de la reconciliación, yo estoy de acuerdo siempre que sea en el socialismo. Lo que pasa es que a veces la reconciliación se entiende como capitulación. A veces sucede que un artista cubano va a Miami en son de paz, de buena voluntad, y va a la televisión, y se esfuerza tanto en ser pacífico, apolítico, que termina siendo apabullado, porque no es una televisión hecha para ningún tipo de paz. Está hecha para la guerra cultural, de valores, que es la verdadera guerra entre el socialismo y el capitalismo. Por eso es bueno recordar también que estamos en guerra. Cuando un revolucionario dice que no es un político, está entendiendo mal el concepto: el revolucionario no hace política si ocupa o aspira a ocupar cargos, la hace si apuesta su vida a la transformación del mundo a favor de la verdad, la belleza y la justicia. Eso es ser un político revolucionario, aunque nunca se ocupe una responsabilidad estatal o partidista.

[Ir Arriba](#)



Guerra Cultural: La historia en la mira.

Suárez Ramos y Alina Martínez Triay

Estamos sometidos a una guerra —no menos peligrosa para nuestra sobrevivencia como nación— que se libra en el ámbito cultural e ideológico, y tiene a la historia como uno de sus blancos principales. Acerca de esta realidad y cómo contrarrestarla habló a Trabajadores el Máster en Ciencias René González Barrios, Presidente del Instituto de Historia de Cuba.

¿Por qué ese ataque a la historia?

Por supuesto que desacreditar la historia, los héroes nacionales, desmontar los símbolos y simplificar o satanizar las culturas autóctonas, forma parte de las tácticas a emplear en pos del objetivo estratégico de Estados Unidos de imponer su hegemonía.

El mundo vive hoy uno de los momentos de mayor tensión en la historia de la humanidad. Nunca un imperio llegó a alcanzar tal poderío global. Ese poder se extiende a los ámbitos militar, económico, tecnológico, y cultural. En los albores del siglo XXI continúa siendo la primera potencia mundial, pero en todos, siente que cede importantes espacios a nuevas potencias emergentes que se consolidan día a día. China y Rusia constituyen hoy sus principales preocupaciones. América Latina, su traspatio seguro de ayer, se independiza por día. ¿Cómo contrarrestar la pérdida de influencia?

Poco después de concluida la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos desplegó toda la maquinaria estatal, con sus disímiles agencias, para imponer al mundo su modelo cultural y político. La guerra fría fue una conjugación de guerra de ideas y confrontación y puja bélica. En esa porfía resultaron victoriosos, y llegaron a pensar y propagar, que con la desaparición del llamado socialismo real, desaparecía la historia. Craso error. De todos modos, quien en lo adelante conculcase su proyecto hegemónico estaría condenado a enfrentarlo o correría el riesgo de

desaparecer como nación. La historia reciente es sumamente elocuente. Ahí están los ejemplos de la ex Yugoslavia, de Iraq, Libia, Siria, por solo citar algunos casos.

En un planeta interconectado por las redes de Internet y cada día más dependiente de los escenarios virtuales, para la sobrevivencia de Estados Unidos como superpotencia global debe imponer a sus rivales no sus armas nucleares (inútiles desde el más elemental análisis de raciocinio humano, por las consecuencias de su empleo), sino su modelo cultural y a eso han apostado y seguirán apostando como su principal fortaleza.

Así lo hicieron contra el campo socialista y continúan haciéndolo hoy no solo contra potencias como China o Rusia, sino también contra estados árabes o latinoamericanos, como México, Venezuela o Bolivia, a las que tratan de imponer modelos totalmente ajenos a sus culturas milenarias.

Estados Unidos ha sido patria de grandes intelectuales, músicos, actores, artistas de la plástica y creadores de las más disímiles expresiones del arte y la ciencia, que han trascendido en el tiempo por su genialidad. Mark Twain, Ernest Hemingway, George Gershwin, Aaron Copland, Leonard Bernstein, Glenn Miller, Arthur Miller, Francis Ford Coppola, John Huston, Humphrey Bogart, Candice Bergen, Meryl Streep, Elvis Presley, Michael Jackson, Aretha Franklin, y cientos más. Esa cultura es universal y válida.

Sin embargo, la cultura chatarra que preconiza el consumismo, el individualismo, la violencia, el sexo, la prepotencia y el patriotismo imperial, entre otros temas, son lascivas y tratan de imponer contagiosos modelos de hábitos y conductas ajenos a la realidad y a los intereses de los pueblos del planeta.

En este contexto, el desmontaje histórico a través de los soportes culturales, en especial el cine y la literatura, han sido armas perennes para la maquinaria política y cultural norteamericana. Puedo citar cualquiera de las versiones de la película *El Álamo*, para que aprecien a los invasores colonos tejanos como víctimas, y a los soldados mexicanos como villanos crueles e inescrupulosos.

El talento de Walt Disney, un verdadero genio del cine, fue utilizado por el imperio para introducir en sus filmes discursos y símbolos políticos anticomunistas.

La industria del cine estadounidense ha tergiversado históricamente la historia de Cuba. Tres ejemplos infames son: *Mensaje a García*, de Darryl Zanuck, donde aparece un teniente Rowan viviendo una aventura en la guerra de independencia de Cuba, que nunca vivió, y un general Calixto García agradeciendo de manera apasionada la intervención de EE.UU.; *Santiago*, protagonizada por Aland Ladd y Rossana Podestá, donde aparece en 1898 José Martí viviendo en un palacio con esclavos negros en Haití; o más cercana en la fecha, la película *Che*, protagonizada por el actor egipcio Omar Scharif, financiada, asesorada y producida por la CIA, a solo dos años del asesinato del Guerrillero Heroico.

La historia es una ciencia y los historiadores llegan a conclusiones después de serios y complejos análisis de fuentes y datos. Los estados sustentan sus proyectos nacionales en la fundamentación de su historia en el más amplio espectro y en el estudio de sus raíces. Atacar esta columna vertebral de la cultura política de un pueblo y desmembrarla, lleva inevitablemente a su destrucción. En el empleo de esta estrategia, el imperio norteamericano es experto.

En esa labor de desmontaje de la historia de Cuba, ¿en qué aspectos se hace hincapié y cuáles son los destinatarios principales?

En el caso de Cuba la estrategia norteamericana está orientada a deslegitimar a la Revolución cubana y nuestro proyecto socialista de nación. Estados Unidos, como imperio, en su egocentrismo hegemónico global, no puede perdonar los tremendos impactos de la Revolución cubana en la historia universal, en la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI.

La Revolución en sí, ha sido un gran desafío; una prueba irrefutable del valor de las ideas y de la inteligencia de un pueblo junto a sus líderes. La Revolución cubana de 1959 es el resultado de la acumulación de los mejores valores, de los hijos de un país que vivió la más cruenta guerra continental del siglo XIX, y vio mutilado su derecho soberano a causa de la tutela impuesta por el naciente imperio que le arrebató la victoria. Generaciones de cubanos crecieron escuchando las prédicas patrióticas de sus maestros y reflexionando sobre las frustraciones del 98, de 1906, de 1933, de 1952.

La Revolución cubana se multiplicó en el África descolonizada; en Sudáfrica sin apartheid; en la nueva América revolucionaria y nacionalista que representan Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua, Argentina; en las Antillas solidarias; en cada rincón del mundo donde un médico o un maestro cubano ha puesto su grano de arena para construir un mundo de justicia y solidaridad. Cada votación contra el bloqueo en la ONU es una muestra de la legitimidad de nuestro proyecto y del fracaso de la política imperial.

El imperio, impotente ante los logros, trabaja para insertar en las nuevas generaciones – principalmente en la juventud que como consecuencia de la genocida política del bloqueo ha vivido inmersa en inevitables limitaciones económicas–, gérmenes de desconfianza hacia la generación histórica que durante más de 55 años ha dirigido nuestro país.

Para ello edulcoran la década de los 50 como época de esplendor económico y supuesto *boom* de desarrollo nacional, y la figura de Fulgencio Batista como la de un estadista centrado en materializar un proyecto de desarrollo nacional integral y armonioso. Por supuesto, los cantores de estos sonos no profundizan en las corruptelas, pobreza, demagogia política, altos índices de marginalidad y subdesarrollo del campo cubano, ni en los crímenes y desmanes que la represión batistiana desató en la isla.

No mencionan la ilegalidad del golpe de Estado del 10 de marzo y cuando recuerdan la fecha lo hacen para significar a Batista como el hombre que puso orden al pistolero desatado en la isla durante los Gobiernos auténticos.

El terrorista de origen cubano Carlos Alberto Montaner, ídolo de la intelectualidad contrarrevolucionaria de Miami, expresó el 20 de mayo del 2013 que había que desmontar la historia de la Revolución cubana, y en una conferencia de cerca de dos horas tergiversó a su antojo lo que la ciencia histórica ha construido a lo largo de muchos años. Este personaje, que no podrá analizar jamás de manera desprejuiciada el proceso histórico de la Revolución, es hoy uno de los abanderados del desmontaje. A él se unen decenas de sitios en Internet que propugnan la añoranza por el pasado capitalista, alaban a sus representantes y satanizan todo lo que tiene que ver con la Revolución, en especial a su liderazgo y a los miembros del PSP, antecedente directo del actual Partido Comunista de Cuba.

¿Qué influencia ejerce el estudio de la historia patria en el desarrollo político-ideológico de las nuevas generaciones? ¿Qué papel desempeñan las tradiciones patrióticas en ese propósito?

El sistema de educación en Cuba, en todos los niveles, prioriza la enseñanza de la historia de Cuba en primer lugar, y de América y Universal en segundo. La historia es una herramienta de valores y de enseñanzas, y un caudal de sabiduría y lecciones del que deben beber los ciudadanos de cada nación y los líderes políticos que conducen los destinos de los pueblos. No se puede gobernar con éxito siendo un ignorante que desconoce los orígenes de los procesos políticos, militares, sociales, culturales, que se acumulan en la vida de una nación. La historia se debe estudiar y promover desde la localidad a la región y al país; aprenderse, estudiarse y divulgarse en el hogar, el barrio, la localidad y la nación.

Nadie defiende lo que no conoce. Quien sea un ignorante en historia será inevitablemente un ignorante político fácilmente manipulable. La historia, en mi concepto, es sostén y pilar para la

conformación de la ideología política y la defensa de la soberanía nacional. Para los jóvenes, su conocimiento e interpretación se yergue como una necesidad impostergable.

Dado que se impone una batalla en defensa de nuestra historia, ¿qué papel corresponde en ella a las instituciones encargadas de investigarla, enseñarla y divulgarla, y cómo lo están cumpliendo?

En nuestro país son varias las instituciones que trabajan la historia, desde diferentes perspectivas. La Academia de la Historia de Cuba, es un órgano consultivo que agrupa a prestigiosas autoridades de la historiografía nacional; a la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado le corresponde preservar el patrimonio vinculado a José Martí y a la dirección de la Revolución Cubana, Fidel en primer lugar; la Unión de Historiadores de Cuba, como ONG, agrupa a todos los historiadores del país y trabaja en la investigación y promoción de la historia patria; las oficinas de las ciudades patrimoniales investigan y laboran en función de la preservación de los patrimonios locales; el Centro de Estudios Martianos se centra en la obra de José Martí, y el Centro de Estudios Militares en la historia militar, entre otros temas.

Las diferentes instituciones del país, a través de sus ministerios y de las iniciativas de sus directivos, estudian sus respectivas especialidades. Las universidades y sus facultades de Historia, despliegan un arduo trabajo de formación de profesionales y de investigación. El Instituto de Historia de Cuba tiene por razón social la investigación de la historia nacional y las instituciones vinculadas al ICRT también trabajan estos temas.

Pienso que somos muchos los que tratamos esta disciplina. El potencial es considerable. Hay conciencia del papel del historiador y de los retos que deparan los nuevos escenarios políticos en la isla, y se está trabajando, pero hay mucho que hacer. Deben dedicarse los recursos necesarios para la creación artística vinculada a la historia. Son escasos los filmes y materiales de TV que abordan, desde la ficción o el documental, las glorias de la patria. El dinero que se emplee con este fin nunca será malgastado. El trabajo político e ideológico tiene un alto costo económico. Quizás nos falten aún mayores coordinaciones, pero cada día se trabaja con mayor cohesión y unidad.

¿Cómo pueden los medios de comunicación contribuir más y mejor a esa importante batalla de pensamiento?

Los medios son esenciales. Vivimos tiempos donde la tecnología y la TV tienen un impacto muy fuerte en la psiquis de los hombres y mujeres del planeta. La comunicación es una ciencia y hay que transmitir historia en cualquier medio y en todos los formatos posibles, desde los diseños y normas del consumo de información que marcan la modernidad.

Llamo la atención sobre la necesidad de que la historia ocupe mayores espacios en la prensa escrita o digital, y en la TV, el cine y el teatro. El tiempo es implacable, los grandes divulgadores de la historia, biológicamente envejecen, aunque no espiritualmente. Nadie imagina a otra persona que no sea Eusebio Leal hablando de La Habana. Él es el evangelio histórico vivo y, como historiador y genio de la oratoria, es imposible sustituirlo. En el imaginario popular se ha establecido la creencia de que la historia es real, cuando lo escuchan de la voz de Eusebio. Es un excelente comunicador y en cada intervención marca pautas de cómo transmitirla de manera amena y convincente. Se necesitan soldados de las ideas y la palabra –y la acción–, como él.

En el país hay excelentes historiadores que saben, y comunican bien. Merecen espacios en los medios. Hay que trabajar con mayor unidad y creatividad, y privilegiar en el debate historiográfico, el análisis y la polémica. José Martí decía que *la historia es un examen y un juicio, no una propaganda ni una excitación*.

Pienso que, por diversas razones, estamos en un momento crucial de nuestra historia, sobre todo después del pasado 17 de diciembre de 2014. Se avecina, como nunca antes, una guerra de pensamiento. Irremediablemente, tenemos que ganarla, como dijera José Martí, a pensamiento.

¿Qué desafíos impone desde el punto de vista ideológico, el proceso de restablecimiento de relaciones diplomáticas con Estados Unidos?

Son muchos y varios los desafíos, el principal, en el cambio de visión que puede percibir un sector importante de nuestra población, que considere que llegamos a la normalidad y que llegó, para quedarse, una época de total armonía y concordia. Lo ideal sería que en lo adelante predominara la armonía, el diálogo constructivo y el intercambio franco y fructífero para nuestros pueblos. Lo real es que Estados Unidos no va a renunciar jamás a tratar de imponer su modelo hegemónico cultural y la idea de su modo de vida, al mundo, y muy especialmente a Cuba.

Cuando desaparezca el bloqueo y se eliminen todas las barreras a un intercambio soberano, se incrementarán los contactos entre nuestros pueblos. Ambos aprenderemos de ello, aunque debemos estar conscientes que Estados Unidos como potencia hegemónica, tratará de introducir por todas las vías y con todos los medios a su alcance, su proyecto de supremacía cultural.

Hubo un presidente de México que a fines del siglo XIX expresó, “pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”. Era la expresión de impotencia ante la presión e injerencia en todos los aspectos de la vida de la hermana nación, del poderoso vecino.

Con frecuencia comento que la naturaleza colocó a nuestra isla en una posición privilegiada y no nos va a mover a otro lugar, por lo tanto debemos aprovechar nuestras fortalezas, que son muchas, para enfrentar los desafíos. Creo que nosotros estamos en un momento ventajoso, pues nuestro pueblo conoce, como pocos en el mundo, el precio de construir un estado soberano, totalmente independiente.

En 1960 el humorista cubano Marcos Behemaras publicó en la revista Mella un artículo humorístico en el que a manera de parodia, explicaba como en una operación de la CIA y el Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos, habían vencido a la URSS con un desembarco aerotransportado de la 82 división, con puestos para vender Mac Donalds. Era una metáfora llena de simbolismo, que la historia, años después, validó. La guerra cultural y los modelos de vida consumista del imperio, impactaron en las conciencias de miles de personas en el campo socialista.

En nuestro caso, como sabemos por dónde viene el enemigo y con qué armas, tenemos una parte de la batalla ganada. Pero la guerra va a ser larga y compleja. Nunca como hoy, hay que viajar a las raíces y perpetuar el rico y plural acervo cultural de nuestra nación.

Recientemente una investigadora norteamericana de visita en Cuba, manifestaba a la corresponsal de Telesur en La Habana que le rogaba a los cubanos que no perdieran su cultura, su especial don de gentes y su historia; que lo que encontraban en Cuba no se hallaba en ningún otro rincón del mundo. Quizás fuese exceso de cariño por nuestro pueblo, pero me parece que es un lúcido mensaje de alarma contra la injerencia cultural que se avecina y la visión simbólica que sobre Cuba prima en el mundo. Un símbolo de hidalguía y honor.

¿Qué impacto pudiera tener en la población y especialmente en la juventud?

La juventud es el principal objetivo de la guerra cultural. Históricamente ha sido el blanco a impactar, sobre todo, por su naturaleza rebelde y cuestionadora. La estrategia actual, y lo vemos a diario en publicaciones y artículos que navegan por Internet, se trata de deslegitimar a la generación histórica de la revolución cubana, satanizarla, y contraponer a los jóvenes contra ella, con dudas y tergiversaciones. Son cientos los materiales de video de diferentes facturas y orígenes, no solo de Estados Unidos, que introducen sus venenosos discursos en nuestro país. Y los jóvenes son consumidores por excelencia de audiovisuales.

Confío mucho en la sabiduría y madurez de nuestra juventud. Como en todos los tiempos, en algunos los modelos consumistas, culturales e ideológicos del imperio, harán mella. En la mayoría no. Pensar de otro modo sería cuestionar la propia obra de la Revolución.

Fueron jóvenes los que atacaron el Moncada y vinieron en el Granma, y jóvenes también los de Girón, la Lucha Contra Bandidos, los alfabetizadores –casi niños-, nuestros internacionalistas, nuestros maestros, en fin, hemos construido en proyecto de nación de eterna juventud, sobre todo, teniendo en cuenta que nuestros longevos dirigentes, derrochan juventud como contagioso estado de ánimo.

¿Considera usted que este hecho demande un esfuerzo mayor por parte de los encargados de divulgar nuestra historia?

Demanda un trabajo de gigantes en quienes enseñan, quienes divulgan y quienes investigan la historia. Es tiempo de marcha unida de estos tres frentes. En la unidad, está la clave de nuestra victoria. No tenemos otra opción que ganar esta batalla y dedicarle a ello los recursos necesarios, pero sobre todas las cosas, atención y talento, que hay bastante en nuestra gloriosa isla.

Texto tomado de la publicación: <http://www.trabajadores.cu>

[Ir arriba](#)



¿Quién pagó el plomero?: La CIA y la Guerra Fría Cultural

Frances Stonor Saunders

Corría Mayo de 1967. En los pasillos de la nueva sede de la Agencia Central de Inteligencia, en Langley, Virginia, se respiraba una atmósfera de emergencia. La CIA, que durante 20 años prácticamente había logrado desempeñarse de una manera totalmente secreta, enfrentaba ahora una profunda crisis en sus relaciones públicas. La historia de cómo la CIA había intentado golpes de estado, asesinatos y derrocamientos de gobiernos elegidos democráticamente, había circulado por todo el mundo en las primeras planas de periódicos, a pesar de los grandes esfuerzos por evitarlo. Con el antecedente de la guerra de Vietnam, y en medio de un clima de creciente disconformidad nacional, la CIA, que hasta entonces había sido una institución respetada, comenzó a ser vista como un elefante feroz en la cristalería de la política internacional. Quedaron al descubierto los detalles sucios de la deposición del Premier Mossadegh, en Irán en 1953; de la expulsión del gobierno de Árbenz en Guatemala, en 1954; de la desastrosa operación de Bahía de Cochinos; y de cómo la CIA había espiado a decenas de miles de estadounidenses y negado dichas actividades ante el Congreso, elevando así a nuevos niveles el arte de mentir. La postguerra se había abierto al son de la música proveniente de promesas históricas de los Estados Unidos, pero estas ahora parecían más que nada el cínico discurso de una monarquía borbónica.

Mucho se ha escrito desde entonces acerca de los aspectos más dramáticos de las actividades de la CIA y, sin embargo, poco se ha hablado de su joya más preciada: su programa de guerra psicológica y cultural. Desde el colapso de la Unión Soviética se han revelado numerosas pruebas de la lucha del Kremlin por la supremacía ideológica. Sabemos cómo el Cominform organizó una

amplia ofensiva cultural no solo en el bloque soviético sino, además, en el resto del mundo, con el fin de ganar adeptos a las proposiciones del comunismo. Sin embargo, se conocen menos evidencias acerca de cómo, en lo más intenso de la Guerra Fría, el gobierno de los Estados Unidos destinaba vastos recursos a su propio programa de guerra cultural.

Un elemento fundamental dentro de este programa consistía en hacer creer que no existía tal. Como dijera uno de los estrategas de la Guerra Fría: “La manera de lograr una eficiente labor de propaganda, es que parezca que no hay labor de propaganda alguna”. En consecuencia, el aparato de espionaje de los Estados Unidos, la Agencia Central de Inteligencia, operaba con un máximo de discreción. ¿Qué fines perseguían? Apagar el interés hacia el comunismo, disipar la idea de que la posición neutral era una opción viable en el contexto de la Guerra Fría, estimular la visión de los Estados Unidos como guardián de la libertad, y aumentar las posibilidades de expansión de dicha nación.

Esta campaña, que en su momento cumbre disponía de inmensos recursos, no estaba dirigida a las masas, sino a la *intelligentsia*; debía funcionar desde arriba hasta la base. Al dirigirse a las elites culturales buscaba efectuar un cambio permanente con respecto a la política exterior de los Estados Unidos, de un modo políticamente correcto. Sería la intelectualidad de Europa, África, Asia, y América Latina, quien directa o indirectamente influiría en las actitudes de quienes tenían el poder en las manos. Tal como me explicara un oficial de la CIA, “lo que la Agencia se proponía era formar personas que, a partir de sus propios razonamientos, estuvieran convencidas de que todo lo que hacía el gobierno de los Estados Unidos era correcto”.

Desde su propio surgimiento en 1947, la CIA sentó las bases de un “consorcio” al crear una extensa e influyente red de personal de inteligencia y estrategas políticos y utilizar el aparato corporativo, así como las antiguas relaciones de las universidades de la Ivy League. Su objetivo era prevenir al mundo del contagio del comunismo, y favorecer los intereses de la política exterior de los Estados Unidos. El resultado fue una apretada red de personas que trabajaban en la promoción de un ideal: el mundo necesitaba una nueva era de ilustración, y tal período recibiría el nombre de “El Siglo Americano”.

Este consorcio fue el arma secreta de la Guerra Fría de los Estados Unidos; arma que en la esfera cultural tenía grandes influencias. A conciencia o no, a gusto o a disgusto, en la Europa de la postguerra (y de hecho en América del Sur, Asia, y en los países africanos en desarrollo) quedaron pocos escritores, periodistas, poetas, artistas, historiadores, científicos o críticos cuyos nombres no estuvieran, de una manera u otra, vinculados a esta empresa encubierta. En nombre de la libertad de expresión, el aparato de espionaje de los Estados Unidos —por más de 20 años incuestionable y secreto— llevó a cabo en todo el mundo una serie de operaciones culturales sustanciosamente costeadas.

De este modo la Guerra Fría era definida como una “batalla por las mentes humanas”, y reunió un vasto arsenal de armas culturales como revistas, libros, eventos, seminarios, exposiciones, conciertos y premios.

Esta campaña secreta buscaba la deserción de los numerosos intelectuales que, por la década del treinta, se habían afiliado a la izquierda. En tiempos de la Guerra Civil Española y de la Gran Depresión, estos intelectuales habían visto en el marxismo y el comunismo la promesa de un futuro brillante; sin embargo, ya en los años cuarenta, cuando comenzaban los primeros juicios stalinistas, se dieron cuenta de que se habían construido falsas expectativas. En la total confusión, pasaron el resto de la década preguntándose dónde había estado el error; así que ya en los años cincuenta muchos de estos intelectuales se convirtieron en liberales (y no tan liberales) anticomunistas y no estaban lejos de una nueva y congenial relación con la Guerra Fría de los Estados Unidos.

Individuos como Arthur Koestler personifican esta dramática reorientación ideológica. Koestler, quien fuera un activista al servicio del comunismo, había demostrado su desencanto con una crítica devastadora, *Darkness at Noon (Oscuridad al mediodía)*, cuya descripción de la crueldad soviética significó su presentación de credenciales como anticomunista. A fines de la década del cuarenta, Koestler fungía como asesor de la Oficina Británica de Asuntos Exteriores, del Departamento de Estado de los Estados Unidos e, inclusive, trabajaba para la CIA. Koestler **hizo que estas instituciones comprendieran la utilidad de favorecer a aquellas personas que en ese momento ya se autodefinían como la izquierda no comunista, lo que respondía a un doble objetivo: lograr una cierta proximidad a grupos “progresistas” a fin de poder controlar sus actividades, y suavizar su impacto lo mismo por medio de la influencia desde el interior de los propios grupos, que conducía a sus miembros a posiciones paralelas y, sutilmente, menos radicales.**

Pronto el propio Koestler se benefició de las campañas propagandísticas anticomunistas por parte de Gran Bretaña y Estados Unidos. En 1948, la Oficina de Asuntos Exteriores financió y distribuyó secretamente 50 000 ejemplares de *Darkness at Noon*. Irónicamente, el Partido Comunista Francés tenía órdenes de comprar de inmediato cada ejemplar que apareciera, lo que hizo que el libro fuese reeditado continuamente y, clara ironía de la Guerra Fría, Koestler se benefició indefinidamente de los fondos del Partido Comunista.

La pieza clave de la red de acciones de la CIA, fue el Congreso por la Libertad Cultural, establecido en 1950, con sede en París, y dirigido por un oficial de la CIA de considerables habilidades lingüísticas e intelectuales. En su máximo esplendor, el Congreso llegó a tener oficinas en 35 países, publicaba más de 20 revistas de alta calidad, y organizaba seminarios, conciertos, premios literarios y exposiciones. En este período, no hubo una sola organización, salvo en la Unión

Soviética, que dispusiera de tan grandes recursos, o que influyera de manera similar en las carreras de tantas personalidades cimeras de la cultura. Fue el Congreso por la Libertad Cultural quien en 1963, por órdenes de la CIA, organizó una encubierta campaña contra Pablo Neruda cuando la Academia Sueca lo valoraba para el Premio Nobel de Literatura, y Neruda no recibió el premio (aunque le fue otorgado finalmente en 1971). Fue el Congreso por la Libertad Cultural quien en 1954, organizó una campaña contra el escritor italiano Alberto Moravia luego de que este sugiriera públicamente que el realismo socialista en las artes tenía algún valor.

Sin embargo, más relevantes que estos intentos de censura, fueron los logros del Congreso en la difusión de la cultura de los Estados Unidos. Mientras los izquierdistas antinorteamericanos veían a los Estados Unidos como un desierto cultural, la CIA, bajo la fachada del Congreso por la Libertad Cultural y otras organizaciones “libres” e independientes, inundó Europa de libros, cantantes, orquestas y arte en general procedente de los Estados Unidos; incluso, ayudaron a financiar el éxito del Expresionismo Abstracto —los extravagantes y anárquicos lienzos de Jackson Pollock y la Escuela de Nueva York— con presentaciones en las galerías del mundo, a la manera de un grupo de agitadores enfrentados al arte viejo y convencional, perfecta promoción para una nación que toleraba la libertad de expresión en la misma medida en que la Unión Soviética la odiaba. También **la CIA pagó los costos de producción de las adaptaciones de los clásicos de George Orwell *Animal Farm (La granja animal)* y *1984*, y aseguró sus inversiones en este sentido al insertar agentes en ambos proyectos. La presencia de la CIA condicionó la dirección ideológica de las películas inspiradas en ambas obras, de manera que después de su muerte, George Orwell, el gran enemigo de la propaganda, fue expuesto a las evasiones y decepciones de la misma.**

En 1977, en un artículo para *Rolling Stone*, Carl Bernstein —el reportero investigador que junto a Bob Woodward, hizo público lo que fuera el Watergate— escribió sobre la influencia de la CIA en los medios de comunicación. Luego de 25 años, parece realmente conservadora su declaración de que más de 400 periodistas estadounidenses colaboraban secretamente con la CIA. Algunas de estas relaciones se mantenían en el anonimato, otras eran explícitas; había cooperación, acomodación y solapamiento. Los periodistas brindaban una gran variedad de servicios clandestinos, desde la simple localización de información hasta el trabajo como enlace con espías en países comunistas. Los reporteros compartían sus apuntes con la CIA; los editores compartían su personal. Algunos de estos periodistas eran premios Pulitzer, distinguidos reporteros que se consideraban “embajadores sin cartera” de sus países. La mayoría eran menos reconocidos: corresponsales extranjeros que pensaban que sus nexos con la Agencia les facilitaba el trabajo.

Durante las décadas del cincuenta y del sesenta, muchos periodistas fueron utilizados como intermediarios para localizar, pagar y pasar instrucciones a los demócrata-cristianos en Italia y a los social-demócratas en Alemania; en ambos casos recibieron de la Agencia millones de dólares. En

una categoría inferior quedaban los empleados, a tiempo completo, de la CIA que se enmascaraban como reporteros en el extranjero.

En muchos casos estos periodistas eran empleados por la CIA con la aprobación de las administraciones de las principales organizaciones de prensa. Los editores estadounidenses, lo mismo que muchos otros directivos corporativos e institucionales del momento, estaban más que dispuestos a destinar los recursos de sus compañías a la guerra contra el “comunismo global”. Consecuentemente, la barrera que tradicionalmente separa los órganos de prensa norteamericanos y el gobierno se hizo imperceptible. Un investigador que en 1976 conducía una encuesta del Congreso acerca de las actividades de la CIA expresó su asombro ante lo “increíblemente extendidas que estaban esas relaciones” y dijo: “No es necesario manipular a la revista *Times*, porque hay miembros de la Agencia en la propia dirección”.

Agentes pagados que laboraban en la *Associated Press* (Prensa Asociada) y en la *United Press International* (Prensa Unida Internacional), intercalaban entre las noticias despachos preparados por la CIA. Un foco común para las actividades de propaganda eran los clubes de prensa que existían en casi todas las capitales extranjeras. En ocasiones, los presidentes de estos clubes eran agentes de la CIA. La propaganda adoptó muchas apariencias y afloró en muchos lugares. Iba desde lo inocuo; por ejemplo, cartas a los editores de los principales periódicos, que no identificaban al remitente como empleado de la CIA, hasta acciones de consecuencias mucho más serias, como reportes sobre pruebas nucleares soviéticas que nunca se efectuaron.

El lazo entre la CIA y sus medios era el dinero, y ese dinero a menudo pudo comprar cierto control, y muchas veces hasta llegó a comprar todo el control. “No podíamos gastarlo todo”, recordaba un agente “No había límites, y nadie tenía que dar cuentas de nada”. Con el objetivo de cubrir sus manejos, la CIA diseñó una manera de hacer llegar el dinero por diferentes canales hasta llegar a su destinatario final. La CIA creó una fundación falsa, poco más que un buzón postal, que proporcionaría fondos a una fundación legítima, y esta última sería la encargada de distribuir el dinero a las organizaciones que la CIA quisiera favorecer.

Docenas de agencias de prensa y periódicos en lenguas extranjeras respondían a este modo de financiamiento y operación. El *Rome Daily American* (Diario Americano de Roma), controlado por la CIA de 1956 a 1964, fue asumido por la Agencia a fin de evitar que cayera en manos de los comunistas italianos y, una vez que pasó el peligro, lo vendieron otra vez. Aún así fue administrado por varios años por un oficial retirado de la CIA, que fue vuelto a contratar. La CIA tenía inversiones en el *Okinawa Morning Star*, en el *Times* de Manila, *El Mundo* de Bangkok y el *Noticias de la tarde*, de Tokio. “En aquel entonces teníamos disponible por lo menos un periódico en cada capital”, declaró un oficial de la CIA. Se situaron agentes en el *Correo del Pacífico Sur* (Santiago), en el *Crónica* de Guyana, *El Sol* de Haití, el *Tiempos* de Japón, *La Nación* de Rangoon, el *Diario* de

Caracas, el *Bangkok Post*, y antes de la Revolución cubana, el *Tiempos de La Habana*. La CIA financiaba el *Foreign News Service* (Servicio de noticias internacionales), que difundía artículos escritos por un grupo de periodistas de Europa del Este que vivían en el exilio. Hubo una fuerte infiltración en el *Servicio de Prensa de Editores* de América Latina. Era propiedad de la CIA el *Continental Press Service* (Servicio de prensa continental), con sede en Washington, dirigido por un oficial de la CIA, y que tenía entre sus principales tareas la de proveer apariencia oficial, y proveer de credenciales de prensa a operativos que necesitaran una cobertura oficial urgente. También estaba *Visión*, la revista noticiosa semanal que era distribuida en toda Europa y América Latina.

En 1958, poco después de que el presidente Nixon recibiera el rechazo de una multitud en Caracas, José Figueres (quien entonces justo había terminado el mandato) visitó Washington para explicar las causas de este incidente. “No se puede escupir sobre una política internacional”, manifestó a un funcionario de la Casa Blanca, “que es lo que quisieron hacer”. Figueres insistió en que América Latina apoyaba a los Estados Unidos en la Guerra Fría, pero cuestionó; “Si ustedes le hablan a Rusia de dignidad humana, ¿por qué titubean tanto para hablarle de dignidad humana a la República Dominicana? Figueres afirmó que los Estados debían cambiar su política en Latinoamérica y que no podían sacrificar los derechos humanos a causa de las “inversiones”.

Más tarde, el propio año, Figueres apeló a la CIA para hacer avanzar su agenda. La CIA le concedió fondos para publicar una revista política, *Combate*, y para patrocinar el encuentro para la fundación del Instituto de Educación Política en Costa Rica, en noviembre de 1959. El Instituto se creó como centro para el entrenamiento y la colaboración política de los partidos políticos de la izquierda democrática; fundamentalmente los costarricenses, los cubanos (en el exilio), los dominicanos (en el exilio), los guatemaltecos, los hondureños, los nicaragüenses (en el exilio), los panameños, los peruanos y los venezolanos. La CIA ocultó su actuación a la mayoría de los participantes, excepto a Figueres. Sus fondos (más de un millón entre 1961 y 1963) pasaron primero a una fundación-fachada, luego al *Kaplan Fund of New York* (Fondo Kaplan de Nueva York), después al *Institute for International Labor Research* (ILLR) (Instituto para las Labores de Investigación Internacional), también en Nueva York, y finalmente a San José.

Claro está, la mayor parte de estas operaciones clandestinas de la CIA en América Latina durante los años sesenta, tuvieron lugar en el contexto de los logros de la Revolución cubana, y estaban concebidas para persuadir al hemisferio contra Fidel Castro. “No más Cubas” era una política concreta para la CIA que, con este objetivo, poseía varias revistas de calidad que hacía circular tras *Tortilla Curtain*, *Cuadernos* (editada por Julian Gorkin y, más tarde, por Germán Areiniegas), y su sucesor *Mundo Nuevo* (editada por el literato uruguayo Rodríguez Monegal, y diseñada para promover el tema del “Fidelismo sin Fidel”). Por otra parte, la CIA también creó una división en Nueva York llamada *Foreign Publications Inc.* (Publicaciones extranjeras inc.) para subsidiar varias

publicaciones anticastristas, muchas de las cuales procedían de Miami. También se utilizó la Agencia de Información de los Estados Unidos para crear un frente neoyorquino llamado Foreign Publications Inc. con el fin de subsidiar múltiples publicaciones anticastristas, muchas de ellas radicadas en Miami.

En Argentina, por ejemplo, mientras la USIA producía abiertamente películas para satisfacer a aquellos grupos interesados en las diversas facetas de la vida en los Estados Unidos, los agentes clandestinos de la CIA tergiversaban los reportajes que sobre los sucesos internacionales eran exhibidos en teatros locales, operación que intentaba, según un agente de la CIA, “imponer en los hemisferios la óptica norteamericana sobre Castro. Los argentinos no creían que Castro constituyera una amenaza, así que comenzamos con las películas y creamos ese estado de opinión”.

Estas operaciones de la guerra cultural habían sido concebidas como respaldo a una serie de artimañas de la CIA. En la Guyana Inglesa (que declaró su independencia en 1966), la CIA se apoyó en el movimiento sindical internacional para debilitar el gobierno pro comunista del Primer Ministro Cheddi Jagan. A principios de los sesenta, Jagan había dado muestras de cordialidad hacia Castro y había decidido controlar los sindicatos obreros como parte de sus esfuerzos por alcanzar el poder absoluto. En 1963 ó 1964, la *American Federation of Labor* (AFL) (Federación americana del trabajo) y sus aliados internacionales, la *Inter-American Regional Labor Organization* (ORIT) (Organización regional interamericana para la organización del trabajo) y la *International Confederation of Free Trade Unions* (ICTFU) (Confederación internacional de sindicatos libres) respaldaron la huelga general de 80 días que impidió que Jagan consiguiera el control de los sindicatos y que condujo al ulterior derrocamiento del mandatario.

La CIA también operaba sus propias emisoras radiales. De todas, la más exitosa fue *Radio Free Europe* (Radio Europa Libre), pero también estaban Radio Free Asia (Radio Asia libre), Free Cuba Radio (Radio Cuba libre), y Radio Swan. Esta última transmitía desde una pequeña isla del Caribe, y era una estación muy potente. Sus programas podían ser escuchados en la mayor parte del hemisferio occidental, y era operada por una compañía naviera que por un buen tiempo no había poseído barco alguno. La emisora era asediada por potenciales propagandistas prestos a obtener ventajas de su potente y clara señal. Luego de muchos meses rechazando a los consumidores, la CIA finalmente se vio forzada a comenzar a aceptar algunos negocios para preservar lo que había abandonado la cobertura de Radio Swan.

Radio Free Asia, amén de emplear a un grupo de periodistas asiáticos que habían sido cuidadosamente seleccionados (aunque ellos no lo sabían) por la CIA y enviados un año a Harvard, fue prácticamente un desastre. Solo después de que los transmisores de Radio Free Asia comenzaran a funcionar, la CIA descubrió que en China casi no había radio receptores privados.

Con frecuencia enviaban desde Taiwán globos aerostáticos que portaban pequeños radios, pero el plan fue abandonado porque los globos regresaban a Taiwán a causa de los vientos del estrecho de Formosa. La estación dejó de transmitir en 1955.

Radio Free esto y Radio Free lo otro. Congreso por la Libertad Cultural. Cruzada por la libertad. Comité Nacional por una Europa Libre. Universidad Libre de Europa. A mediados de los sesenta, se decía en broma que si alguna organización filantrópica o cultural de los Estados Unidos llevaba las palabras 'libre', 'privada' o 'independiente' en su literatura, de seguro respondía a la CIA.

El grado de dominio que Estados Unidos ejerció sobre la cultura de otros países, incluidos sus aliados, llegó a manipular a los intelectuales y sus obras como si fueran piezas de ajedrez en plena jugada maestra, y es todavía una de sus herencias más provocadoras. Aún entre los círculos intelectuales de Europa y América se mantiene la disposición a aceptar el argumento de la CIA de que sus sustanciales inversiones financieras eran desinteresadas, y que su propósito era ampliar posibilidades para una libre y democrática expresión cultural. “Solamente ayudábamos a decir lo que de todos modos se iba a decir”, es una especie de cheque en blanco con que la Agencia se defiende; si los intelectuales se beneficiaban de los fondos de la CIA sin saberlo, entonces sus actitudes no recibían influencia alguna, así que su independencia como pensadores críticos no podía estar preconditionada por este hecho.

De cualquier manera, documentos relacionados con la Guerra Fría cultural sistemáticamente desmienten este mítico altruismo; recordemos una frase citada anteriormente, dicha por un oficial de la CIA que entrevisté: “lo que la Agencia se proponía era formar personas que, a partir de sus propios razonamientos, estuvieran convencidas de que todo lo que hacía el gobierno de los Estados Unidos era correcto”. Tenemos una frase crucial, “a partir de sus propios razonamientos”. Nada más directo o poco sutil que forzar a los cerebros de una generación a que equiparen la paz de los Estados Unidos con el ideal de la libertad. “No se trataba de comprar o subvertir a escritores e intelectuales, sino de crear un sistema de valores arbitrario y artificial con el que los académicos fueran promovidos; los editores, designados; y los estudiosos, subsidiados y publicados; no por sus méritos —que en ocasiones eran considerables— sino por su filiación”.

En otras palabras, **los individuos e instituciones subsidiados por la CIA debían funcionar como parte de una amplia campaña de persuasión, de una guerra propagandística donde ‘propaganda’ quería decir “cualquier acción o esfuerzo organizado para difundir información o alguna doctrina en específico, por medio de noticias, polémicas o incentivos especiales, concebidos para influir las ideas y los actos de un grupo dado”.** Un componente fundamental en esta política era la “guerra psicológica”, definida como “la puesta en práctica de forma planificada por parte de una nación, de propaganda y actividades no bélicas que

promocionaran ideas e informaciones dirigidas a influir las opiniones, actitudes, emociones y comportamientos de grupos extranjeros, de un modo que favoreciera los logros y objetivos nacionales”. La **“forma de propaganda más efectiva”** era aquella en que **“el individuo actuaba en la dirección en que se esperaba, por razones que creía eran las suyas propias”**. No tiene sentido discutir estas definiciones, están basadas en documentos del gobierno y proporcionan los principales argumentos de la estrategia de la Guerra Fría cultural.

Evidentemente, la Agencia disfrazaba sus inversiones porque suponía que de actuar abiertamente sus facilidades serían rechazadas. ¿Qué tipo de libertad se puede promover con semejantes artimañas? “No congenian el secreto con un gobierno libre y democrático” dijo, antes de su muerte, Harry Truman, bajo cuya presidencia fue instituida la CIA. La agenda de la Unión Soviética no incluía libertad de ningún tipo, allí donde los escritores e intelectuales que no eran enviados a los campos de trabajo forzado, estaban amarrados a los intereses del Estado. Claro está que era correcto oponerse a semejante opresión. Ahora bien, ¿de qué manera? ¿Era coherente el gobierno de los Estados Unidos con sus propios elevados ideales de libertad, tal como se expresaban en el manifiesto del Congreso para la Libertad Cultural?

Este manifiesto, publicado en 1950, estaba dirigido a “todos aquellos individuos decididos a recuperar aquellas libertades perdidas, y a preservar y ampliar las disponibles”. “Sostenemos que es evidente que la libertad intelectual es uno de los derechos inalienables del hombre... tal libertad significa en primer lugar y por encima de todo, el derecho a expresar y mantener las opiniones propias, y particularmente aquellas opiniones que difieren de las de los gobernantes. Cuando a un hombre se le priva del derecho a decir ‘no’, se le convierte en un esclavo”. El documento definía la paz y la libertad como “inseparables”, y advertía que “solo es posible mantener la paz si cada gobierno somete sus actos al dominio y a la consideración de aquellos a quienes gobierna”. También hacía énfasis en que una condición para la libertad era “la tolerancia de opiniones divergentes. El principio de la tolerancia no necesariamente permite la práctica de la intolerancia”. Ninguna “raza, nación, clase o religión puede arrogarse el derecho exclusivo a representar el ideal de la libertad, ni el derecho a restringir la libertad de otros grupos o credos, en nombre de ningún ideal o motivo elevado cualquiera que sea”.

Muy bien, ¿pero cuáles era el lugar asignado a la política y a la propaganda en el contexto de este sueño de libertad? ¿Es que la propaganda no constituye una oscura mistificación que coloca a los creadores, o a los científicos, al servicio del Estado o de quienes la controlan? Además, ¿cuáles eran los asuntos que la Agencia de Inteligencia de los Estados Unidos asumían como una interferencia en los procesos de expresión cultural? ¿No sugiere la presencia de la CIA que los requerimientos de seguridad de los Estados Unidos se habían ampliado conceptualmente hasta incluir un mundo sustancialmente hecho a su propia imagen?

Podemos percibir los ecos de “El siglo americano” en el discurso inaugural de George W. Bush, cuando prometió que esta nueva era sería “El siglo de las Américas”. Fue sobre la base de que era el destino de los Estados Unidos responsabilizarse por el siglo que se construyó el mito principal de la Guerra Fría. Esta fue y sigue siendo una base falsa. “La Guerra Fría es una batalla de falsedad entre verdaderos intereses”, escribió el crítico de arte Harold Rosenberg en 1962. “La broma de la Guerra Fría es que cada rival está consciente de que las ideas del otro serían irresistibles si fueran realmente llevadas a la práctica... Occidente quiere libertad al nivel en que la libertad es compatible con la propiedad privada y las ganancias; los soviéticos quieren libertad al nivel en que esta es compatible con la dictadura de la burocracia comunista... (De hecho) las revoluciones en el siglo XX tienen como objetivo la libertad y el socialismo... es esencial una política realista, una política que se libre de una vez y para siempre del fraude de la libertad en oposición al socialismo.”

En 1993, George Kennan, uno de los arquitectos de la política de la Guerra Fría, hizo una afirmación extraordinaria: “Debo aclarar”, expresó, “que estoy total e insistentemente en desacuerdo con cualquier concepto mesiánico acerca del papel de los Estados Unidos en el mundo, lo que significa en desacuerdo con nuestra imagen de guía y redentores del resto de la humanidad, en desacuerdo con la ilusión de que tenemos una virtud única y superior, el discurso sobre el Destino Manifiesto o el ‘Siglo Americano’.

En otras palabras, **es necesario que se entienda que la complicada madeja de las cuestiones internacionales no puede ser reducida a slogans ni a imperativos doctrinales, y que los mecanismos de la libertad intelectual, cultural y política son más complejos de lo que está implícito en las loas al liberalismo de los Estados Unidos. La verdadera libertad de los intelectuales y artistas debe radicar en que estos estén motivados por sus propios principios, más que por los dictados de gobiernos o estrategias, y que en vez de ser forzados a tomar partido, deben tener libertad para patear las barreras erigidas alrededor de las ideas. Solo de esta manera podrá, como dijera Milan Kundera, surgir “la sabiduría de la duda”.**

(La Jiribilla)

[Ir arriba](#)



La cultura “light”

Marcelo Colussi

Desde hace algún tiempo se ha popularizado en el mundo la noción de lo “light”. Todo es “light”: la vida, las relaciones interpersonales, la actitud con que se enfrentan las cosas, la comida, las

diversiones. “Light”, ligero, liviano. La consigna tras todo esto es, pareciera: “¡no complicarse!” (don’t worry!), “¡sé feliz!” (be happy). Dicho de otro modo: no pensar, olvidarse del sentido crítico. Por supuesto, hay que decirlo en inglés para que sea más evidente su sentido: lengua de los ganadores, of course.

Esta cultura, –si es que así se la puede llamar– esta tendencia dominante, tiene orígenes específicos: se encuadra en una dinámica histórica determinada, responde a un proyecto concreto. Seguramente, como todos los rumbos sociales –también las “modas” culturales– no se desprende de una oficina generadora de ideas que lanza mundialmente la “onda light” como por arte de magia. Es, en todo caso, producto de un sinnúmero de variables que van retroalimentándose una con otra. El auge del neoliberalismo, la caída del bloque soviético, la supuesta “muerte de las ideologías”, el mundo unipolar, el triunfo omnímodo de la gran empresa; en definitiva: lo que hoy día se presenta como un éxito masivo del capitalismo y su ideología concomitante, son todos factores que se coligan unos con otros dando como resultado esta entronización del individualismo hedonista, del facilismo, de la apología ramplona del consumismo. Es difícil indicar quién es el responsable directo del fenómeno; quizá nadie lo ha pergeñado como tal. Es, en todo caso, una mezcla de elementos. Pero no hay dudas que, en tanto tendencia, es síntoma de los tiempos.

En este contexto **“cultura light” vendría a significar: individualismo exacerbado, búsqueda inmediata de la satisfacción –con la contraparte de despreocupación/desprecio por el otro–, escasa profundidad en el abordamiento de cualquier tema, superficialidad, falta de compromiso social o incluso humano, banalidad, liviandad. Todo ello marcado por un culto a las apariencias. Se juzga al otro por cómo va vestido o por el tipo de comida que ingiere, por la marca de teléfono celular que usa o por el peinado que lleva; y eso decide todo. El continente subsumió al contenido. Sólo importan las formas, ser bello, estar bien presentado.**

Lo demás, no cuenta.

Sin falsas idealizaciones, sin ser apocalípticos, el momento histórico actual nos confronta con una situación, como mínimo, novedosa. Desde ya, sin exagerar, no queremos decir que la solidaridad y la profundidad conceptual hayan sido la constante a través de toda la historia humana. En todo caso esas son posibilidades, de hecho muy profundamente desarrolladas en determinadas ocasiones, así como también pueden serlo el individualismo o la trivialidad. Pero lo que efectivamente hoy sí puede constatarse con una fuerza que tiene mucho de inédita, **es la falta de preocupación por el otro, la apología del facilismo, la entronización del más absoluto individualismo, todo ello llevado a estatuto de ideología dominante. De ahí esta ligereza que marca las relaciones interpersonales. Todo es light, también la relación con el otro. ¿Cómo, si no, poder entender los video-juegos –nada inocentes, por cierto– que entronizan la violencia y el**

desprecio por el otro? ¿Cómo, si no, ese auge de la “belleza” plástica? Todo esto se ha hecho cultura. Y la cultura pesa.

Esta “onda light” va ganando los distintos espacios de la producción cultural, del quehacer cotidiano. Ello no significa que la humanidad se va tornando más tonta, menos inteligente. En absoluto. La revolución científico-técnica sigue adelante con una velocidad y profundidad vertiginosas. Los logros en tal sentido son cada vez más espectaculares. Pero junto a ello –ahí está lo insólito– el nivel “humano” no crece al mismo ritmo. Hasta incluso podría decirse que no crece (si es que fuese lícito hablar de “crecimiento” en ese ámbito). Ahora tenemos televisor con pantalla plana de plasma líquido de 40 pulgadas...para ver programas que apologizan la tontería, la porquería, la más pacata superficialidad (léase, por ejemplo, reality show o talking show). Lo expresó con agudeza Pablo Milanés cuando dijo: “No es culpa del público, ni de su gusto, ni de su sensibilidad; el público se inclina por lo que le ofrecen a diario, donde le meten un bombardeo absoluto de promoción de cosas malas y pues finalmente lo acepta. Yo creo que prevalecerá el espíritu verdaderamente humano del público, su sensibilidad... Pero no hay duda de que estamos en un momento de ofensiva de mal gusto”.

Si bien es difícil establecer quién inventa las modas culturales, las tendencias dominantes, no hay dudas que hay centros de poder que tienen que ver con esa generación. Quizá no es alguna tenebrosa agencia de control social la que ha pergeñado ese modelo. Pero lo cierto es que, sumando todos los aspectos arriba esbozados, el arquetipo del ciudadano esperado –esperado por los centros de poder, desde ya, ayudados por mecanismos de mediación como son los medios masivos de comunicación– termina constituyéndose como un consumidor pasivo que no discute, que cuida ante todo su sacrosanto puesto de trabajo, que se ocupa sólo de lo cosmético irrelevante y que –en términos de análisis humano– no piensa. Es decir: light. Como siempre, puesta a circular una moda, por diversos motivos –ánimo de figuración, acomodamiento, etc., etc.– no falta quien se acopla a la corriente dominante. Si se le pregunta a cualquier yuppie (young urban professional people), prototipo por excelencia de esta cultura, o a cualquier consumidor de estos valores, no sabrá por qué hay que tomar yogurt diet ni leer algún best seller; y seguramente será un enconado defensor de la tendencia en juego. Pero vale preguntarse: ¿al servicio de qué está todo esto? ¿Quién se beneficia?

Como oportunamente lo señala Luis Britto García: “La regla de lo light es la sistemática omisión de lo pertinente: cigarro sin nicotina, café sin cafeína, azúcar sin azúcar, música sin música”. (...) “Política sin política. Partidos sin partidos. Organizaciones sin ideología. Carismas sin programas. ¡Misterio sin profundidad! ¡Revelación sin pavor! ¡Iluminación sin trascendencia! ¡Nirvana instantáneo! ¡Paraíso desechable! ¡Purgatorio spa! ¡Fast God! Consumismo industrial beatificado en el supermercado espiritual”. (...) “Ángeles y modelos no menstrúan, o no debe parecer que lo hacen. En su obsesión por ocultar la función real y mostrar la simbólica, postula lo light vientres que

no digieren, senos que no amamantan, carne que no envejece. La biología no existe. Toda expresión fisiológica ha de ser testada. El apetito es crimen, el vello tabú, el olor pecado mortal, el sudor alta traición. El desodorante es el sacramento light. La anorexia, su estado de gracia.”

El mundo contemporáneo, el mundo que nos legó la caída del socialismo real, es un ámbito donde ya nos hemos acostumbrado a no tener esperanzas, a no cuestionar, a aceptar todo con resignación. O al menos esto es lo que se mantiene como tendencia dominante. **Consumir, buscar la felicidad y la realización a través de lo material, no complicarse. Que todo sea “suavecito”, soft, sin cuestionamientos de fondo.**

Como elemento básico en la conformación de esta cultura tenemos los medios audiovisuales, y en especial la televisión. No podría decirse mecánicamente que televisión es sinónimo de cultura light; pero sin dudas guarda una estrecha relación. En este período que marcó la caída del muro de Berlín, la realidad virtual, la realidad de las imágenes, si bien desde hace décadas viene modelando las ideologías dominantes, **ha pasado a ser ahora vehículo por excelencia de esta moda de lo banal. Nada mejor que la cultura televisiva para entronizar la apología del “no piense”**. Podría decirse que lo que generó el capitalismo desde mediados del siglo XX en adelante, siempre con fuerza creciente, hoy ya como moda global, es el llamado al “no piense, mire la pantalla”. Ante la imagen, absoluta y omnimoda, el pensamiento conceptual, la reflexión crítica, más lenta, cae vencida. La imagen presenta sin mediaciones un sinnúmero de estímulos que actúan de forma masiva e inmediata a nivel del sistema nervioso central. El poder de la imagen es mayor que toda otra vía de transmisión. Por eso la televisión es la matriz fundamental de esta cultura de lo no reflexivo.

Estas tendencias, estos modelos culturales que se generan –hoy a escala planetaria– se presentan con fuerza arrolladora, cubren todos los espacios, parecieran no permitir alternativas. **Pero el reto es ir más allá de todo esto, intentar desafiarlo, discutirlo, quebrarlo. Hay que ser irreverente con el poder, con lo constituido, con el dogma.**

Seguramente no es posible dar un catálogo de acciones de probada efectividad para hacer frente a esta tendencia. Es tal su fuerza que pareciera más fácil doblegarse ante ella, y entrar finalmente en la corriente. No pensar, sentarse ante la pantalla de televisión, **no preocuparse del mundo pareciera ser la receta para “triunfar”**. Y definitivamente muchísimos terminan creyéndolo. **De ahí al consumo de lo que se anuncia como llave para ser un “triunfador”, un “exitoso”, un paso**. Todos, irremediabilmente, estamos tentados por este paraíso del placer que lo light pareciera ofrecernos.

Aunque sea un muy modesto aporte en esta lucha por un mundo más vivible, más justo y equilibrado, un paso en torno a todo esto es perderle el miedo a pensar. Como dijera Xavier

Gorostiaga: “Los que seguimos teniendo esperanza no somos estúpidos”. Retomando el ideario del mayo francés entonces, idearios que hoy parecieran tan lejanos: “La imaginación al poder”.

Pero no hay dudas que, aunque adormilados por esta moda que pareciera haber llegado para quedarse, también podemos oponer resistencias y cambiar el curso de la historia. ¿Quién dijo que somos insectos condenados definitivamente a caer en la luz enceguecedora de las pantallas? La historia definitivamente no ha terminado, y ahí están innumerables ejemplos (la Revolución Bolivariana en Venezuela, la resistencia palestina, Cuba que sigue socialista, colectivos organizados a lo largo y ancho del mundo, gente que sigue pensando, gente que sigue teniendo esperanzas) para afirmar que **la vida no es tan light como esta ideología dominante nos quiere hacer creer.**

Para afirmar, en definitiva, que sí es posible luchar para hacer la vida más digna de ser vivida, y no a base de siliconas ni de drogas, no sólo pavoneándonos con el último modelo de celular o con un par de zapatos de marca. Otro mundo verdadero –no plástico– es posible, más allá del sueño superficial de las pantallas de televisión.

Fuente: Fuente: Rebelión (11-08-2006)

[Ir arriba](#)



Duelo por el poder bajo la sombra del águila **Rebeca Pupo Ojeda**

“Se vive de Mayo a Noviembre viendo ruindades, y en disgusto y alarma”

José Martí, 1885

El 3 de Enero de 1880 llegó José Martí a Nueva York y salvo muy justificadas ausencias, casi siempre relacionadas con su actividad política y revolucionaria, su estancia se prolongó a 15 años.

Luego de su fructífero peregrinar por los pueblos de Nuestra América y haber sentido en carne propia la trágica situación de la gran masa indígena, las consecuencias de la colonización, el atraso cultural y económico, la dependencia del Norte “revuelto y brutal”, cuyas garras se extendían hacia el Sur del continente, le resultó factible valorar, desde sus propias entrañas, la realidad norteamericana. Su crecimiento económico, la política interna e internacional, su sed de expansión y sometimiento, conformaban un entorno totalmente diferente, la gestación del fenómeno imperialista.

Como fiel testigo de un momento histórico sin precedentes, y apoyado en su sabiduría y visión de futuro, Martí se convierte en un cronista de talla excepcional al ser capaz de imbricar el pensar, el sentir y el apego a la verdad con una ética comprometida con los más pobres en la escala social. Como muestra de ello y sin dejar de elogiar la innegable prosperidad de los Estados Unidos, en breve tiempo se atrevió a afirmar: “aquella gran tierra está vacía de espíritu”.¹

Por estos días gana espacio en los medios de comunicación a escala global la controversia electoral norteamericana, plagada de contradicciones, de falsas promesas y absurdas declaraciones, ante un mundo expectante bajo el suspenso de quién pudiera resultar vencedor, con total conciencia de que sea Hillary o Trump, ello no cambiará en lo más mínimo la esencia de la política imperial.

El contexto es propicio para preguntarse cómo apreció el cronista de “Las escenas norteamericanas” los procesos de campaña electoral en los Estados Unidos, precisamente él, a quien le correspondió ser perspicaz observador de la ejecución del poder de seis administraciones.

Baste recordar que a su llegada a Nueva York gobernaba Rutherford Birchard Hayes, el décimo noveno Presidente de los Estados Unidos, representante del Partido Republicano, cuyo mandato se extendió hasta 1881.

El 4 de marzo de ese año lo sucedió James Abram Garfield, el vigésimo Presidente, también republicano. Quiso el azar que Martí se encontrara en ese país en el momento del magnicidio que acabó con la vida de este gobernante, poco más de seis meses después de ocupar el trono en La Casa Blanca, lo que ocasionó la paralización de su gestión el 19 de septiembre. ¡Cuánta casualidad! Con solo doce años había llorado Martí la muerte de Lincoln por un hecho similar que segó la vida del mandatario el 15 de abril de 1865.

El lamentable deceso trajo consigo que el Vicepresidente Chester Alan Arthur asumiera la presidencia con el orden vigésimo primero y permaneciera, por tanto, hasta 1885. En el nuevo período se inició como vigésimo segundo Presidente de los Estados Unidos Stephen Grover Cleveland, primer demócrata electo tras la Guerra de Secesión y en un momento de preponderancia republicana.

En 1889 resultó elegido el republicano Benjamín Harrison quien se mantuvo como vigésimo tercer Presidente hasta 1893. Al mismo lo relevó Stephen Grover Cleveland, en su segundo mandato, esta vez con el orden vigésimo cuarto, quien permaneció hasta 1897. Por tanto, en esta etapa coincidió aproximadamente dos años con la estancia de Martí en los Estados Unidos.

En 1881 publicó Martí en La Opinión Nacional de Caracas la interrogante que realizara un estadounidense al editor del Sun, medio informativo de Nueva York: “Este es un gran país, y sin

embargo, es un hecho que dentro de los últimos 16 años dos Presidentes han muerto asesinados; otro Presidente fue procesado y a poco se le echa indignamente de su puesto; y otro Presidente ocupó su puesto por abominable fraude. ¿No es este un interesante estado de cosas? ¿Qué viene ahora?”²

Difícil pregunta o más bien imposible respuesta. En ese gran país, la confusión y la intriga siempre han estado presentes. La inseguridad ha generado violencia, sed de venganza, ambición de poder. Para Martí el verdadero ganador era siempre el dinero. En tales circunstancias, qué importaba que ganaran demócratas o republicanos.

Así describió una página de un proceso electoral: “A captarse simpatías, a mezclarse con los electores, a deslumbrarles con la frase cordial, la promesa oportuna, el modo llano o la plática amena; a cautivar con generosos dones a los dueños de las casas de bebida, que votan y empujan a los que votan, a eso van habitualmente los candidatos a las cervecerías. En ese horno se venían calentando aquí las elecciones. Allí, sobre el mostrador de madera, se ofrece, regatea y ajusta, el precio de los votos”.³

Los más afectados eran siempre los ciudadanos de menores ingresos, los que vendían y comprometían su participación en las urnas a cambio del sustento familiar. “El carro de la elección – aseveraba Martí – rodaba sobre ejes de oro. Cada empleado pagaba de su propio salario, que era dinero de la Nación, una cuota cuantiosa, para auxiliar al triunfo del partido que le dio el empleo. De esta ingeniosísima manera, el partido republicano se había asegurado un triunfo permanente a costa de los dineros de la Nación”.⁴

Uno de los aspectos que más negativamente impresionó a Martí, en medio de tantas rapiñas y vergüenzas, fue precisamente la ausencia obligada de sinceridad que acompañaba estos momentos en la vida de los norteamericanos, la subordinación de la voluntad individual de los electores a los intereses de determinado partido, la necesidad de “vender el alma al diablo” por un plato de comida.

Al respecto señaló: “Si votaban por la patria, votaban contra su interés. Son siervos a quienes se manda con látigo de oro. La votación era vergonzante y sorda. Salían de ella con la cabeza gacha, como canes apaleados”.⁵

Si bien las maniobras de hoy son diferentes y la polémica se ha modernizado en correspondencia con la época histórica, donde no faltan las amenazas de posible penetración de correos electrónicos con la consecuente divulgación de mensajes de carácter personal, la insinuación de ajuste de cuentas de los partidarios del porte de armas, el anuncio de que las próximas elecciones pudieran ser amañadas, la indelicada denominación de “granuja” del caballero (Trump) a la dama (Hillary), los exabruptos y las posteriores disculpas, está claro que la esencia continúa siendo la

misma. No son más que miserias humanas de estos tiempos que para nada cambian la verdadera filosofía del imperio y su política agresiva hacia los demás pueblos del mundo.

Con este comportamiento se pone en evidencia la inviabilidad del sistema electoral norteamericano en un mundo globalizado donde los Estados Unidos, como única superpotencia mundial, continúa intentando imponer a la humanidad un orden socioeconómico, político ideológico, tecnológico y militar al servicio de su clase dominante. En este contexto la valoración martiana referente a sus campañas electorales mantiene absoluta vigencia. La siguiente apreciación así lo demuestra.

“Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde Mayo antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la Presidencia aquel ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda ver bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyen a nombrarlo y sacarle victorioso”.⁶

¿Y entonces, podrá esperarse algo favorable del actual proceso? ¿Demócratas o republicanos estarán en condiciones de cambiar el objetivo y alcance de la política imperial? ¿Qué pasará con Cuba? ¿Se transformarán acaso las históricas pretensiones de los Estados Unidos hacia la Isla, a pesar del restablecimiento de relaciones diplomáticas?

Con total fidelidad a la herencia antimperialista martiana es posible afirmar que la rueda de la historia seguirá girando hacia el mismo destino. Los verdaderos propósitos del poderoso vecino no cambiarán. Habrá que continuar trabajando intensamente para adelantarse a sus planes, burlarlos, desacreditarlos, vencerlos. Ante esta realidad estudiar la verdadera historia de los Estados Unidos constituye hoy más que nunca una necesidad impostergable, conocer su cultura, su psicología social, llegar hasta sus propias raíces. Una buena opción y un reto para los cubanos pudiera ser develar su esencia a través de Martí. Su obra está abierta para todos. La misma invita y atrapa.

En tanto, el duelo por el poder continúa bajo la sombra del águila.

Notas

¹ José Martí: “Coney Island”, La Pluma, Bogotá, 3 de diciembre de 1881, en: Obras Completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, T 9, p. 126.

² José Martí: Carta de Nueva York”, La Opinión Nacional, Caracas, 19 de octubre de 1881, en: ob. cit. T 9, p. 59.

³ José Martí: “Cartas de Martí”, La Nación, Buenos Aires, 26 de noviembre de noviembre de 1881, en ob. cit. T 9, p. 110.

⁴ José Martí: “Cartas de Martí”, La Nación, Buenos Aires, 13 y 16 de mayo de 1883, en: ob. cit. T 9, p. 342.

⁵ José Martí: “Cartas de Martí”, La Nación, Buenos Aires, 4 de mayo de 1887, en: ob. cit. T 11, p. 178.

⁶ José Martí: “Cartas de Martí”, La Nación, Buenos Aires, 9 de mayo de 1885, en: ob. cit. T 10, p. 185.

[Ir arriba](#)



Las 10 claves que explican el Nuevo Sistema Mundo Ignacio Ramonet

¿Cómo es el Nuevo Sistema Mundo? ¿Cuáles son sus principales características? ¿Qué dinámicas están determinando el funcionamiento real de nuestro planeta? ¿Qué características dominarán en los próximos 15 años, de aquí a 2030?

Para tratar de describir este Nuevo Sistema Mundo y prever su futuro inmediato, vamos a utilizar la brújula de la geopolítica, una disciplina que nos permite comprender el juego general de las potencias y evaluar los principales riesgos y peligros. Para anticipar, como en un tablero de ajedrez, los movimientos de cada potencial adversario.

¿Qué nos dice esa brújula?

EL DECLIVE DE OCCIDENTE

La principal constatación es: el declive de Occidente. Por vez primera desde el siglo XV, los países occidentales están perdiendo poderío frente a la subida de las nuevas potencias emergentes. Empieza la fase final de un ciclo de cinco siglos de dominación occidental del mundo. El liderazgo internacional de Estados Unidos se ve amenazado hoy por el surgimiento de nuevos polos de poderío (China, Rusia, India) a escala internacional. El “desclasamiento estratégico” de Estados Unidos ha empezado. El “siglo americano” parece llegar a su final, a la vez que va desvaneciéndose el “sueño europeo”...

Aunque Estados Unidos sigue siendo una de las principales potencias planetarias, está perdiendo su hegemonía económica en favor de China. Y ya no ejercerá su 'hegemonía militar solitaria' como lo hizo desde el fin de la guerra fría (1989). Vamos hacia un mundo multipolar en el que los nuevos actores (China, Rusia, India) tienen vocación a constituir sólidos polos regionales y a disputarle la supremacía internacional a Washington y a sus aliados históricos (Reino Unido, Francia, Alemania, Japón).

En tercera línea aparecen ahora una serie de potencias intermediarias, con demografías en alza y fuertes tasas de crecimiento económico, llamadas a convertirse también en polos hegemónicos regionales y con tendencia a transformarse, de aquí a 15 años, en un grupo de influencia planetaria (Indonesia, Brasil, Vietnam, Turquía, Nigeria, Etiopía).

Para tener una idea de la importancia y de la rapidez del desclasamiento occidental que se avecina, baste con señalar estas dos cifras : la parte de los países occidentales en la economía mundial va a pasar del 56% hoy, a un 25% en 2030... O sea que, en menos de quince años, Occidente perderá más de la mitad de su preponderancia económica... Una de las principales consecuencias de esto es que EE UU y sus aliados ya no tendrán los medios financieros para asumir el rol de gendarmes del mundo... De tal modo que este cambio estructural podría lograr debilitar durablemente a Occidente.

IMPARABLE EMERGENCIA DE CHINA

El mundo pues se "desoccidentaliza" y es cada vez más multipolar. Destaca, una vez más, el rol de China que emerge, en principio, como la gran potencia en ciernes del siglo XXI. Aunque China se halla lejos aún de representar un auténtico rival para Washington. Por una parte, la estabilidad del Imperio del Medio no está garantizada porque coexisten en su seno el capitalismo más salvaje y el comunismo más autoritario. La tensión entre esas dos dinámicas causará, tarde o temprano, una quebradura que podría debilitar su potencia.

De todos modos, hoy por hoy, en 2016, los Estados Unidos siguen ejerciendo una indiscutible dominación hegemónica sobre el planeta. Tanto en el dominio militar (fundamental) como en varios otros sectores cada vez más determinantes : en particular, el tecnológico (Internet) y el *soft power* (cultura de masas). Lo cual no significa que China no haya realizado prodigiosos avances en los últimos treinta años. Nunca en la historia, ningún país creció tanto en tan poco tiempo.

Por el momento, mientras declina el poderío de Estados Unidos, el ascenso de China es imparable. Ya es la segunda potencia económica del mundo (delante de Japón y Alemania).

Para Washington, Asia es ahora la zona prioritaria desde que el presidente Obama decidió la reorientación estratégica de su política exterior. Estados Unidos trata de frenar allí la expansión de

China cercándola con bases militares y apoyándose en sus socios locales tradicionales : Japón, Corea del Sur, Taiwán, Filipinas. Es significativo que el primer viaje de Barack Obama, después de su reelección en 2012, haya sido a Birmania, Cambodia y Tailandia, tres Estados de la Asociación de naciones de Asia del Sureste (ASEAN), una organización que reúne a los aliados de Washington en la región, la mayoría de cuyos miembros tienen problemas de límites marítimos con Pekín.

Los mares de China se han convertido en las zonas de mayor potencial de conflicto armado del área Asia-Pacífico. Las tensiones de Pekín con Tokyo, a propósito de la soberanía de las islas Senkaku (Diaoyú para los chinos). Y también la disputa con Vietnam y Filipinas sobre la propiedad de las islas Spratly está subiendo peligrosamente de tono. China está modernizando a toda marcha su armada. En 2012, lanzó su primer portaaviones, el Liaoning, y está construyendo un segundo, con la intención de intimidar a Washington. Pekín soporta cada vez menos la presencia militar de Estados Unidos en Asia. Entre estos dos gigantes, se está instalando una peligrosa « desconfianza estratégica » que, sin lugar a dudas, podría marcar la política internacional en esta región de aquí a 2030.

EL TERRORISMO YIHADISTA

Otra de las amenazas globales que nos indica nuestra brújula es el terrorismo yihadista practicado ayer por Al Qaeda y hoy por la Organización Estado Islámico o Daesh (ISIS, en inglés). Las principales causas de ese terrorismo yihadista actual hay que buscarlas en los desastrosos errores y los crímenes cometidos por las potencias que invadieron Irak en 2003. Además de los disparates de las intervenciones en Libia (2011) y en Siria (2014).

En Oriente Próximo se sigue situando el actual foco perturbador del mundo. En particular en torno a la inextricable guerra civil en Siria. Lo que está claro es que, en ese país, las grandes potencias occidentales (Estados Unidos, Reino Unido, Francia), aliadas a los Estados que más difunden por el mundo una concepción arcaica y retrógrada del islam (Arabia Saudita, Qatar y Turquía), decidieron apoyar (con dinero, armas e instructores) a la insurgencia islamista sunní. Estados Unidos constituyó en esa región un amplio «eje sunní» con el objetivo de derrocar a Bachar El Asad y despojar así a Teherán de un gran aliado regional. Pero el gobierno de Bachar El Asad, con el apoyo de Rusia e Irán, ha resistido y sigue consolidándose. El resultado de tantos errores es el terrorismo yihadista actual que multiplica los atentados odiosos contra civiles inocentes en Europa y Estados Unidos.

Algunas capitales occidentales siguen pensando que la potencia militar masiva es suficiente para venir a cabo del terrorismo. Pero, en la historia militar, abundan los ejemplos de grandes potencias incapaces de derrotar a adversarios más débiles. Basta recordar los fracasos norteamericanos en

Vietnam en 1975, o en Somalia en 1994. En un combate asimétrico, aquél que puede más, no necesariamente gana. El historiador Eric Hobsbawn nos recuerda que «En Irlanda del Norte, durante cerca de treinta años, el poder británico se mostró incapaz de derrotar a un ejército tan minúsculo como el del IRA; ciertamente el IRA no tuvo la ventaja, pero tampoco fue vencido.»

Los conflictos de nuevo tipo, cuando el fuerte enfrenta al débil o al loco, son más fáciles de comenzar que de terminar. Y el empleo masivo de medios militares pesados no permite necesariamente alcanzar los objetivos buscados.

La lucha contra el terrorismo también está autorizando, en materia de gobernación y de política interior, todas las medidas autoritarias y todos los excesos, incluso una versión moderna del «autoritarismo democrático» que toma como blanco, más allá de las organizaciones terroristas en sí mismas, a todos los insumisos y protestatarios que se oponen a las políticas globalizadoras y neoliberales.

HAY CRISIS PARA LARGO...

Otra constatación importante: los países ricos siguen padeciendo las consecuencias del terremoto económico-financiero que fue la crisis del 2008. Por primera vez, la Unión Europea, (y el «Brexit» lo confirma), ve amenazada su cohesión y hasta su existencia. En Europa, la crisis económica durará al menos un decenio más, es decir hasta por lo menos 2025...

Decimos que hay crisis, en cualquier sector, cuando algún mecanismo deja de pronto de actuar, empieza a ceder y acaba por romperse. Esa ruptura impide que el conjunto de la maquinaria siga funcionando. Es lo que está ocurriendo en la economía mundial desde que estalló la crisis de las sub-primes en 2007-2008.

Las repercusiones sociales de ese cataclismo económico han sido de una brutalidad inédita: 23 millones de desempleados en la Unión Europea y más de 80 millones de pobres... Los jóvenes en particular son las víctimas principales; generaciones sin futuro. Pero las clases medias también están asustadas porque el modelo neoliberal de crecimiento las abandona al borde del camino.

La velocidad de la economía financiera es hoy la del relámpago, mientras que la velocidad de la política, por comparación, es la del caracol. Resulta cada vez más difícil conciliar tiempo económico y tiempo político. Y también crisis globales y gobiernos nacionales. Todo esto provoca, en los ciudadanos, frustración y angustia.

La crisis global produce perdedores y ganadores. Los ganadores se encuentran, esencialmente, en Asia y en los países emergentes, que no tienen una visión tan pesimista de la situación como la de los europeos. También hay muchos «ganadores» en el interior mismo de los países occidentales

cuyas sociedades se hallan fracturadas por las desigualdades entre ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres.

En realidad, no estamos soportando una crisis, sino un haz de crisis, una suma de crisis mezcladas tan íntimamente unas con otras que no conseguimos distinguir entre causas y efectos. Porque los efectos de unas son las causas de otras, y así hasta formar un verdadero sistema. O sea, enfrentamos una auténtica crisis sistémica del mundo occidental que afecta a la tecnología, la economía, el comercio, la política, la democracia, la identidad, la guerra, el clima, el medio ambiente, la cultura, los valores, la familia, la educación, la juventud, etc.

Desde el punto de vista antropológico, estas crisis se están traduciendo por un aumento del miedo y del resentimiento. La gente vive en estado de ansiedad y de incertidumbre. Vuelven los grandes pánicos ante amenazas indeterminadas como pueden ser la pérdida del empleo, los electrochoques tecnológicos, las biotecnologías, las catástrofes naturales, la inseguridad generalizada... Todo ello constituye un desafío para las democracias. Porque ese terror se transforma a veces en odio y en repudio. En varios países europeos, y también en Estados Unidos, ese odio se dirige hoy contra el extranjero, el inmigrante, el refugiado, el diferente. Está subiendo el rechazo hacia todos los "otros" (musulmanes, latinos, gitanos, subsaharianos, "sin papeles", etc.) y crecen los partidos xenófobos y de extrema derecha.

DECEPCIÓN Y DESENCANTO

Hay que entender que, desde la crisis financiera de 2008 (de la que aún no hemos salido), ya nada es igual en ninguna parte. Los ciudadanos están profundamente desencantados. La propia democracia, como modelo, ha perdido credibilidad. Los sistemas políticos han sido sacudidos hasta las raíces. En Europa, por ejemplo, los grandes partidos tradicionales están en crisis. Y en todas partes percibimos subidas de formaciones de extrema derecha (en Francia, en Austria y en los países nórdicos) o de partidos antisistema y anticorrupción (Italia, España). El paisaje político aparece radicalmente transformado.

Ese fenómeno ha llegado a Estados Unidos, un país que ya conoció, en 2010, una ola populista devastadora, encarnada entonces por el Tea Party. La irrupción del multimillonario Donald Trump en la carrera por la Casa Blanca prolonga aquello y constituye una revolución electoral que ningún analista supo prever. Aunque pervive, en apariencias, la vieja bicefalia entre demócratas y republicanos, la ascensión de un candidato tan heterodoxo como Trump constituye un verdadero seísmo. Su estilo directo, populachero, y su mensaje maniqueo y reduccionista, apelando a los bajos instintos de ciertos sectores de la sociedad, le ha conferido un carácter de autenticidad a ojos del sector más decepcionado del electorado de la derecha.

A ese respecto, el candidato republicano ha sabido interpretar lo que podríamos llamar la «rebelión de las bases». Mejor que nadie, percibió la fractura cada vez más amplia entre las élites políticas, económicas, intelectuales y mediáticas, por una parte, y la base del electorado conservador, por la otra. Su discurso violentamente anti-burocracia de Washington, anti-medios y anti-Wall Street seduce, en particular, a los electores blancos, poco cultos, y empobrecidos por los efectos de la globalización económica.

SEÍSMOS Y MÁS SEÍSMOS

A este respecto podríamos decir que otra gran característica del Nuevo Sistema Mundo son los seísmos. Seísmos financieros, monetarios, bursátiles, seísmos climáticos, seísmos energéticos, seísmos tecnológicos, seísmos sociales, seísmos geopolíticos como el restablecimiento de relaciones entre Cuba y Estados Unidos, o, en otro sentido, el reciente golpe de Estado institucional en Brasil contra la presidenta Dilma Rousseff... Seísmos electorales como la reciente victoria del «no» en Colombia a los Acuerdos de Paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC; o el reciente «Brexit» en el Reino Unido, o el éxito de la extrema derecha en Austria, o la derrota de Angela Merkel en varias elecciones parciales en Alemania. O el enorme seísmo que podría constituir efectivamente la eventual victoria electoral de Donald Trump en Estados Unidos

Acontecimientos imprevistos irrumpen con fuerza sin que nadie, o casi nadie, los haya visto venir. Hay una falta de visibilidad general. Si gobernar es prever, vivimos una evidente crisis de gobernanza general. En muchos países, el Estado que protegía a los ciudadanos ha dejado de existir. Hay una crisis de la democracia representativa: “No nos representan!”, decían los “indignados”. La gente reclama que la autoridad política vuelva a asumir su rol conductor de la sociedad. Se insiste en la necesidad de reinventar la política y de que el poder político le ponga coto al poder económico y financiero de los mercados.

INTERNET, EL CIBER-ESPIONAJE Y LA CIBER-DEFENSA

El Nuevo Sistema Mundo también se caracteriza por la multiplicidad de rupturas estratégicas cuyo significado a veces no comprendemos. Hoy, Internet es el vector de la mayoría de los cambios. Casi todas las crisis recientes tienen alguna relación con las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información, con la desmaterialización y la digitalización generalizadas, y con la explosión inaudita de las redes sociales. Más que una tecnología, Internet es pues un actor fundamental de las crisis. Basta con recordar el rol de WikiLeaks, Facebook, Twitter y las demás redes sociales en la aceleración de la información y de la conectividad social a través del mundo.

De aquí a 2030, en el Nuevo Sistema Mundo, algunas de las mayores colectividades del planeta ya no serán países sino comunidades congregadas y vinculadas entre sí por Internet y las redes sociales. Por ejemplo, ‘Facebooklandia’: más de mil millones de usuarios... O ‘Twitterlandia’, más

de 800 millones... Cuya influencia, en el juego de tronos de la geopolítica mundial, podría revelarse decisivo. Hoy, las estructuras de poder se difuminan gracias al acceso universal a la Red y el uso de nuevas herramientas digitales.

Por otra parte, por las estrechas complicidades que algunas grandes potencias han entablado con las grandes empresas privadas que dominan las industrias de la informática y de las telecomunicaciones, la capacidad en materia de espionaje de masas ha crecido también de forma exponencial. Las mega empresas, como Google, Apple, Microsoft, Amazon y más recientemente Facebook han establecido estrechos lazos con el aparato del Estado en Washington, especialmente con los responsables de la política exterior. Esta relación se ha convertido en una evidencia. Comparten las mismas ideas políticas y tienen idéntica visión del mundo. En última instancia, los estrechos vínculos y la visión común del mundo, por ejemplo, de Google y la Administración estadounidense están al servicio de los objetivos de la política exterior de los Estados Unidos.

Esta alianza sin precedentes –Estado + aparato militar de seguridad + industrias gigantes de la Web- ha creado un verdadero imperio de la vigilancia cuyo objetivo claro y concreto es poner Internet bajo escucha, todo Internet y a todos los internautas, como lo denunciaron Julian Assange y Edward Snowden.

El ciberespacio se ha convertido en una especie de quinto elemento. El filósofo griego Empédocles sostenía que nuestro mundo estaba formado por una combinación de cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego. Pero el surgimiento de Internet, con su misterioso “interespacio” superpuesto al nuestro, formado por miles de millones de intercambios digitales de todo tipo, por su *roaming*, su *streaming* y su *clouding*, ha engendrado un nuevo universo, en cierto modo cuántico, que viene a completar la realidad de nuestro mundo contemporáneo como si fuera un auténtico quinto elemento.

En este sentido, hay que señalar que cada uno de los cuatro elementos tradicionales constituye, históricamente, un campo de batalla, un lugar de confrontación. Y que los Estados han tenido que desarrollar componentes específicos de las fuerzas armadas para cada uno de estos elementos: para la tierra: el ejército de Tierra; para el aire, el ejército del Aire; para el agua, la Armada; y, con carácter más singular, para el fuego: los bomberos o “guerreros del fuego”. De manera natural, desde el desarrollo de la aviación militar en 1914-1918, todas las grandes potencias están añadiendo hoy, a los tres ejércitos tradicionales y a los combatientes del fuego, un nuevo ejército cuyo ecosistema es el quinto elemento: el ciberejército, encargado de la ciberdefensa, que tiene sus propias estructuras orgánicas, su Estado mayor, sus cibersoldados y sus propias armas: superordenadores preparados para defender las ciberfronteras y llevar a cabo la ciberguerra digital en el ámbito de Internet.

UNA MUTACIÓN DEL CAPITALISMO: LA ECONOMÍA COLABORATIVA

Treinta años después de la expansión masiva de la Web, los hábitos de consumo también están cambiando. Se impone poco a poco la idea de que la opción más inteligente hoy es usar algo en común, y no forzosamente comprarlo. Eso significa ir abandonando poco a poco una economía basada en la sumisión de los consumidores y en el antagonismo o la competición entre los productores, y pasar a una economía que estimula la colaboración y el intercambio entre los usuarios de un bien o de un servicio. Todo esto plantea una verdadera revolución en el seno del capitalismo que está operando, ante nuestros ojos, una nueva mutación.

Es un movimiento irresistible. Miles de plataformas digitales de intercambio de productos y servicios se están expandiendo a toda velocidad. La cantidad de bienes y servicios que pueden alquilarse o intercambiarse mediante plataformas *online*, ya sean de pago o gratuitas (como Wikipedia), es ya literalmente infinita.

A nivel planetario, esta economía colaborativa crece actualmente entre el 15% y el 17% al año. Con algunos ejemplos de crecimiento absolutamente espectaculares. Por ejemplo Uber, la aplicación digital que conecta a pasajeros con conductores, en solo cinco años de existencia ya vale 68.000 millones de dólares y opera en 132 países. Por su parte, Airbnb, la plataforma *online* de alojamientos para particulares surgida en 2008 y que ya ha encontrado cama a más de 40 millones de viajeros, vale hoy en Bolsa (sin ser propietaria de ni una sola habitación) más de 30.000 millones de dólares, o sea más que los grandes grupos Hilton, Marriott o Hyatt.

A este respecto, otro rasgo fundamental que está cambiando —y que fue nada menos que la base de la sociedad de consumo—, es el sentido de la propiedad, el deseo de posesión. Adquirir, comprar, tener, poseer eran los verbos que mejor traducían la ambición esencial de una época en la que el tener definía al ser. Acumular “cosas” (viviendas, coches, neveras, televisores, muebles, ropa, relojes, libros, cuadros, teléfonos, etc.) constituía para muchas personas la principal razón de la existencia. Parecía que, desde el alba de los tiempos, el sentido materialista de posesión era inherente al ser humano.

La economía colaborativa constituye pues un modelo económico basado en el intercambio y la puesta en común de bienes y servicios mediante el uso de plataformas digitales. Se inspira de las utopías del compartir y de valores no mercantiles como la ayuda mutua o la convivialidad, y también del espíritu de gratuidad, mito fundador de Internet. Su idea principal es: “lo mío es tuyo”, o sea compartir en vez de poseer. Y el concepto básico es el trueque. Se trata de conectar, por vía digital, a gente que busca “algo” con gente que lo ofrece. Las empresas más conocidas de ese sector son: Uber, Airbnb, Netflix, Blabacar, etc.

Muchos indicios nos conducen a pensar que estamos asistiendo al ocaso de la 2ª revolución industrial, basada en el uso masivo de energías fósiles y en unas telecomunicaciones centralizadas. Y vemos la emergencia de una economía colaborativa que obliga, como ya dijimos, al sistema capitalista a mutar.

Por otra parte, en un contexto en el que el cambio climático se ha convertido en la amenaza principal para la sobrevivencia de la humanidad, los ciudadanos no desconocen los peligros ecológicos inherentes al modelo de hiperproducción y de hiperconsumo globalizado. Ahí también, la economía colaborativa ofrece soluciones menos agresivas para el planeta.

En un momento como el actual, de fuerte desconfianza hacia el modelo neoliberal y hacia las elites políticas, financieras, mediáticas y bancarias, la economía colaborativa parece aportar respuestas a muchos ciudadanos en busca de sentido y de ética responsable. Exalta valores de ayuda mutua y ganas de compartir. Criterios todos que, en otros momentos, fueron argamasa de teorías comunitarias y de ambiciones socialistas. Pero que son hoy –que nadie se equivoque– el nuevo rostro de un capitalismo mutante deseoso de alejarse del salvajismo despiadado de su reciente periodo ultraliberal.

Nuestra brújula también nos señala la aparición de tensiones entre los ciudadanos y algunos gobiernos en unas dinámicas que varios sociólogos califican de ‘post-políticas’ o ‘post-democráticas’... Por un lado, la generalización del acceso a Internet y la universalización del uso de las nuevas tecnologías están permitiendo a la ciudadanía alcanzar altas cuotas de libertad y desafiar a sus representantes políticos (como durante la crisis de los «indignados»). Pero, a la vez, estas mismas herramientas electrónicas proporcionan a los gobiernos, como ya vimos, una capacidad sin precedentes para vigilar a sus ciudadanos.

AMENAZAS NO MILITARES

“La tecnología –señala un reciente informe de la CIA– continuará siendo el gran nivelador, y los futuros magnates de Internet, como podría ser el caso de los de Google y Facebook, poseen montañas enteras de bases de datos, y manejan en tiempo real mucha más información que cualquier gobierno”. Por eso, la CIA recomienda a la administración de EE.UU. que haga frente a esa amenaza eventual de las grandes corporaciones de Internet activando el Special Collection Service, un servicio de inteligencia ultrasecreto -administrado conjuntamente por la NSA (National Security Service) y el SCE (Service Cryptologic Elements) de las Fuerzas Armadas- especializado en la captación clandestina de informaciones de origen electromagnético. El peligro de que un grupo de empresas privadas controle toda esa masa de datos reside, principalmente, en que podría condicionar el comportamiento a gran escala de la población mundial e incluso de las entidades

gubernamentales. También se teme que el terrorismo yihadista sea sustituido por un ciberterrorismo aún más sobrecogedor.

La CIA toma tanto más en serio este nuevo tipo de amenazas que, finalmente, el declive de Estados Unidos no ha sido provocado por una causa exterior sino por una crisis interior: la quiebra económica acaecida a partir de 2007-2008. El informe insiste en que la geopolítica de hoy debe interesarse por nuevos fenómenos que no poseen forzosamente un carácter militar. Pues, aunque las amenazas militares no han desaparecido, algunos de los peligros principales que corren hoy nuestras sociedades son de orden no-militar: cambio climático, mutación tecnológica, conflictos económicos, crimen organizado, guerras electrónicas, agotamiento de los recursos naturales...

Sobre este último aspecto, es importante saber que uno de los recursos que más aceleradamente se está agotando es el agua dulce. En 2030, el 60% de la población mundial tendrá problemas de abastecimiento de agua, dando lugar a la aparición de “conflictos hídricos”... En cuanto al fin de los hidrocarburos en cambio, gracias a las nuevas técnicas de fracturación hidráulica, la explotación del petróleo y del gas de esquisto está alcanzando niveles excepcionales. Ya Estados Unidos es casi autosuficiente en gas, y en 2030 podría serlo en petróleo, lo cual tiende a abaratar sus costes de producción manufacturera y exhorta a la relocalización de sus industrias. Pero si EE.UU. – principal importador actual de hidrocarburos- deja de importar petróleo, es de prever que los precios del barril se reducirán. ¿Cuáles serán entonces las consecuencias para los grandes países exportadores?

HACIA EL TRIUNFO DE LAS CIUDADES Y DE LAS CLASES MEDIAS

En el mundo hacia el que vamos, el 60% de las personas vivirán, por primera vez en la historia de la humanidad, en las ciudades. Y, como consecuencia de la reducción acelerada de la pobreza, las clases medias serán dominantes y triplicarán, pasando de los 1.000 a los 3.000 millones de personas. Esto, que, en sí, es una revolución colosal, acarreará como secuela, entre otros efectos, un cambio general en los hábitos culinarios y, en particular, un aumento del consumo de carne a escala planetaria. Lo cual agravará la crisis medioambiental.

En 2030, los habitantes del planeta seremos 8 500 millones pero el aumento demográfico cesará en todos los continentes menos en África, con el consiguiente envejecimiento general de la población mundial. En cambio, el vínculo entre el ser humano y las tecnologías protésicas acelerará la puesta a punto de nuevas generaciones de robots y la aparición de “superhombres” capaces de proezas físicas e intelectuales inéditas.

El futuro es muy pocas veces predecible. No por ello hay que dejar de imaginarlo en términos de prospectiva. Preparándonos para actuar ante diversas circunstancias posibles, de las cuales una sola se producirá. A este respecto, la geopolítica es una herramienta extremadamente útil. Nos

ayuda a tomar conciencia de las rápidas evoluciones en curso y a reflexionar sobre la posibilidad, para cada uno de nosotros, de intervenir y fijar el rumbo. Para tratar de construir un futuro más justo, más ecológico, menos desigual y más solidario.

Ignacio Ramonet. Doctor en Semiología. Profesor Emérito de la Universidad de Paris. Director de Le Monde Diplomatique en español. Autor de *El Imperio de la vigilancia* (Clave Intelectual, Madrid, 2016).

[Ir arriba](#)



Estados Unidos y la guerra cultural: ¿acaso una elucubración?

Elier Ramírez Cañedo

Estados Unidos tiene una vasta experiencia en la práctica de la guerra cultural contra todo proyecto alternativo a su hegemonía en el escenario internacional. *La CIA y la guerra fría cultural*, de Frances Stonor Saunders, constituye un libro imprescindible –la investigación más completa sobre el tema- para comprender esta realidad.ⁱ Este libro demuestra cómo, en los años de la Guerra Fría, el programa de guerra psicológica y cultural de la CIA contra el campo socialista, fue su joya más preciada.

*“Un rasgo importante –señala Stonor- de las acciones emprendidas por la Agencia para movilizar la cultura como arma de la guerra fría era la sistemática organización de una red de “grupos” privados y “amigos”, dentro de un oficioso consorcio. Se trataba de una coalición de tipo empresarial de fundaciones filantrópicas, empresas y otras instituciones e individuos que trabajaban codo a codo con la CIA, como tapadera y como vía de financiación de sus programas secretos en Europa occidental”.*ⁱⁱ

En 1967 las revelaciones periodísticas que destaparon la financiación encubierta de la CIA al Congreso por la Libertad de la Culturaⁱⁱⁱ dieron lugar a un airado escándalo y supusieron un grave revés para la reputación de la maquinaria persuasiva estadounidense, que se encubría bajo el término de “Public Diplomacy”.

La guerra cultural es aquella que promueve el imperialismo cultural, en especial Estados Unidos como potencia líder del sistema capitalista, por el dominio humano en el terreno afectivo y cognitivo, con la intención de imponer sus valores a determinados grupos y naciones. Es un concepto que, entendido como sistema, integra o se relaciona con elementos de otros términos que

han sido de mayor uso como el de guerra política, guerra psicológica, guerra de cuarta generación, smart power, golpe blando, guerra no convencional y subversión política ideológica.

No es el arte y la literatura –aunque el arte y la literatura se usen como instrumentos o como blancos de la guerra cultural- el objetivo principal de la estrategia de guerra cultural del imperialismo contra un país en particular. El terreno en que se desarrolla la guerra cultural es sobre todo el de los modos de vida, las conductas, las percepciones sobre la realidad, los sueños, las expectativas, los gustos, las maneras de entender la felicidad, las costumbres y todo aquello que tiene una expresión en la vida cotidiana de las personas. Lograr una homogeneización al estilo estadounidense en este campo, siempre ha estado dentro de las máximas aspiraciones de la clase dominante en los Estados Unidos, en especial, desde que su élite comprendió la diferencia entre dominación y hegemonía, y que esta última no podía garantizarse sólo a través de instrumentos coercitivos, sino que era imprescindible la manufactura del consenso.

La guerra cultural desarrollada históricamente hasta nuestros días por Washington, no es una vana elucubración, sino que se sustenta en hechos concretos y comprobados, operaciones abiertas y encubiertas de las agencias del gobierno de los Estados Unidos, declaraciones de los líderes de esa nación y documentos rectores de su política exterior, tanto en el plano diplomático como militar.

Zbigniew Brzezinski, uno de los principales ideólogos imperiales, quien fuera asesor para Asuntos de Seguridad Nacional del expresidente Carter, en su obra, *El Gran Tablero Mundial*, expresaba: *“La dominación cultural ha sido una faceta infravalorada del poder global estadounidense. Piénsese lo que se piense acerca de sus valores estéticos, la cultura de masas estadounidense ejerce un atractivo magnético, especialmente sobre la juventud del planeta. Puede que esa atracción se derive de la cualidad hedonista del estilo de vida que proyecta, pero su atractivo global es innegable. Los programas de televisión y las películas estadounidenses representan alrededor de las tres cuartas partes del mercado global. La música popular estadounidense es igualmente dominante, en tanto las novedades, los hábitos alimenticios e incluso las vestimentas estadounidenses son cada vez más imitados en todo el mundo. La lengua de Internet es el inglés, y una abrumadora proporción de las conversaciones globales a través de ordenador se originan también en los Estados Unidos, lo que influencia los contenidos de la conversación global. Por último, los Estados Unidos se han convertido en una meca para quienes buscan una educación avanzada.”*³⁶

Este es el mismo Brzezinski que en 1979, en un memorándum enviado a Carter, recomendaba el siguiente curso de política a seguir hacia la Mayor de las Antillas: *“El Director de la Agencia Internacional de Comunicaciones, en coordinación con el Departamento de Estado y el Consejo de Seguridad Nacional, deben incrementar la influencia de la cultura estadounidense sobre el pueblo*

cubano mediante la promoción de viajes culturales y permitiendo la realización de coordinaciones para la distribución de filmes estadounidenses en la Isla”.^v

Varios documentos de los conocidos como Programas de Santa Fe, elaborados por diversos tanques pensantes en la década de los 80 para que sirvieran de base al diseño de la política exterior de los Estados Unidos son muy enfáticos en cuanto a la guerra cultural contra el campo socialista. En el programa de Santa Fe II se proclamaba: “La USIA es nuestra agencia para llevar a cabo la guerra cultural”,^{vi} mientras que en el de Santa Fe IV se concluía: “*Lo más importante es la destrucción cultural, según prescribe Antonio Gramsci. Al cambiar la cultura, el cambio político y económico está virtualmente asegurado*”.^{vii}

Recientemente se dio a conocer un documento de extraordinaria importancia para comprender las estrategias actuales del gobierno de los Estados Unidos en el campo de la guerra cultural. Se trata del *Libro Blanco* del comando de operaciones especiales del Ejército de Estados Unidos de marzo de 2015 bajo el título: Apoyo de las Fuerzas de Operaciones Especiales a la Guerra Política.^{viii}

Lo que plantea en esencia este Libro Blanco es que los Estados Unidos deben retomar la idea de George F. Kennan -antiguo experto estadounidense en el tema soviético y arquitecto de la política de “contención frente al comunismo” en el Departamento de Estado-, acerca de la necesidad de superar la limitante del concepto que establece una diferencia básica entre guerra y paz, en un escenario internacional donde existe un “perpetuo ritmo de lucha dentro y fuera de la guerra”. Es decir, que la guerra es permanente, aunque adopta múltiples facetas y no puede limitarse al uso de los tradicionales recursos militares. De hecho, el documento expresa que existen modos de hacer la guerra mucho más efectivos. Que se puede hacer la guerra sin haberla declarado, e incluso hacer la guerra al tiempo que se declara la paz.

“La guerra política es una estrategia apropiada para lograr los objetivos nacionales estadounidenses mediante la reducción de la visibilidad en el ambiente geopolítico internacional y sin comprometer una gran cantidad de fuerzas militares”, destaca el documento desde sus primeras páginas. “*El objetivo final de la Guerra Política –continúa más adelante- es ganar la “Guerra de Ideas, que no está asociada con las hostilidades”. La Guerra Política requiere de la cooperación de los servicios armados, diplomacia agresiva, guerra económica y las agencias subversivas en el terreno, en la promoción de tales políticas, medidas o acciones necesarias para irrumpir o fabricar moral*”.^{ix}

En otro de sus análisis, este Libro Blanco sostiene que con el fin de la Guerra Fría Estados Unidos abandonó el hábito de realizar la *Guerra Política* y que “*ya ha llegado el momento de que la Guerra Política recupere su posición predominante en la ejecución y la política de seguridad nacional estadounidense*”.

Este Libro Blanco es solo uno entre muchos estudios y recomendaciones de doctrinas y estrategias militares elaboradas en Washington, que cada día asignan un rol más protagónico a los componentes culturales e ideológicos en sus estrategias hegemónicas.

La guerra cultural contra Cuba

La guerra cultural contra Cuba no comenzó el 17 de diciembre de 2014, aunque es obvio que a partir de esa fecha se ha intensificado. Desde el propio triunfo revolucionario en 1959 Cuba ha enfrentado tanto los impactos de la oleada colonizadora de la industria hegemónica global -lo que Frei Betto denomina globocolonización- como proyectos específicos de guerra cultural diseñados, financiados e implementados por el imperialismo estadounidense, sus agencias y aliados internacionales, con el objetivo de subvertir el socialismo cubano.

Al respecto señaló Ricardo Alarcón:

“La agresión cultural contra Cuba empezó en 1959 y no terminó con el fin de la “guerra fría”. No solo existe todavía sino que no cesa de aumentar. Conserva una dimensión encubierta, clandestina, dirigida por la CIA, pero, además, desde comienzos de la última década del pasado siglo tiene otra dimensión pública, descaradamente abierta. El caso cubano es, por estas razones, absolutamente único, excepcional.

Lo es también porque lo que se nos hace en el terreno cultural ha sido siempre parte integrante de un esquema agresivo más amplio, que ha incluido una cruel y permanente guerra económica, y la agresión militar, el terrorismo y otros actos criminales, cuyo propósito, explícitamente detallado en una infame ley yanqui, es poner fin a nuestra independencia”.^x

Un componente fundamental de la guerra cultural de los distintos gobiernos de los Estados Unidos contra la Revolución Cubana, ha sido la guerra psicológica y mediática. El libro *Psywar on Cuba. The Declassified History of US Anti Castro Propaganda*, de Jon Eliston, publicado en 1999,^{xi} revela como Washington practicó contra Cuba durante décadas la agresión psicológica y propagandística y que ella incluía libros, periódicos, historietas, películas, panfletos y programas de radio y televisión.

Otro de los campos predilectos de la guerra cultural de los Estados Unidos contra Cuba, ha sido el de la historia. Se manipula y tergiversa nuestro pasado, se atacan sus bases más sensibles y simbólicas, precisamente porque se pretende barrer con el ejemplo de la Revolución Cubana desde su propia raíz. El actual presidente del Instituto de Historia de Cuba, René González Barrios ha investigado y disertado durante varios años sobre este tema. En su conferencia, *El desmontaje de la Historia* expone algunas de las líneas principales en las cuales se observa la intencionalidad del enemigo:

- Exaltación de la década del 50 y la figura de Fulgencio Batista.
- Idealización del pasado capitalista, sobre todo en las esferas económicas y culturales y contraposición con los éxitos alcanzados por la revolución en estas esferas.
- Reescritura de nuestras guerras de independencia y revaloración de la burguesía nacional que emergió con la neocolonia.
- Sobrevaloración de los artistas e intelectuales cubanos que marcharon al exilio tras el triunfo de la revolución.
- Satanización del proceso revolucionario, sus líderes, artistas, e intelectuales comprometidos con él.
- Creación de sitios en Internet diseñados para fomentar la nostalgia por el pasado.
- Promoción de actitudes desmovilizativas, apolíticas y desideologizadas, entre artistas e intelectuales, fundamentadas en la historia.
- Hacer ver la revolución como un proceso de privaciones, agonías y sufrimientos. Eliminar la alegría de la épica revolucionaria y sus triunfos.
- La organización de eventos internacionales para analizar la historia de Cuba desde la perspectiva imperial, así como la edición de obras de traidores o enemigos de la Revolución.^{xii}

En Miami existe hoy un denominado *Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo* que se dedica a la producción de libros, ensayos y documentales, así como a la celebración de talleres y conferencias sobre el período de la Revolución Cubana en el poder. Y por supuesto, toda la “producción cultural” de este instituto está dirigida a la construcción de una historia de Cuba plagada de mentiras y tergiversaciones. La misma labor realiza la llamada *Academia de la Historia de Cuba en el exilio* ¿De dónde salen los fondos para tales instituciones? ¿Será solamente de fundaciones y organizaciones filantrópicas e independientes?

Es innegable que la administración Obama concentró sus mayores esfuerzos en ir convirtiendo la guerra cultural e ideológica contra Cuba, en el núcleo duro de la política hacia la Mayor de las Antillas e ir eliminando paulatinamente el enfoque de política anterior –considerado fallido- que buscaba el cambio de régimen fundamentalmente a través del colapso económico. No ha habido expresión más clara sobre esta intención, que las propias palabras del presidente estadounidense, dos días después del anuncio del 17 de diciembre de 2014: “*Pero como va a cambiar la sociedad – se refiere a Cuba-, el país específicamente, **su cultura específicamente**, pudiera suceder rápido o pudiera suceder más lento de lo que me gustaría, pero va a suceder y pienso que este cambio de política va a promover eso*”.^{xiii}

Quizás hacia ningún otro país como Cuba, Obama ha implementado con tanto esmero el llamado *soft power*–poder blando-, una de las caras de la doctrina del *smart power* –poder inteligente-,

concepto manejado por Joseph Nye.^{xiv} En el 2004, Nye explicaba el concepto de poder blando, de la siguiente manera:

“¿Qué es el poder blando? Es la habilidad de obtener lo que quieres a través de la atracción antes que a través de la coerción o de las recompensas. Surge del atractivo de la cultura de un país, de sus ideales políticos y de sus políticas. Cuando nuestras políticas son vistas como legítimas a ojos de los demás, nuestro poder blando se realza. América ha tenido durante mucho tiempo poder blando. Piense en el impacto de las Cuatro Libertades de Franklin Delano Roosevelt en Europa a finales de la II Guerra Mundial; en gente joven tras el Telón de Acero escuchando música americana y noticias de Radio Europa Libre; en los estudiantes chinos simbolizando sus protestas en la plaza de Tiananmen con una réplica de la Estatua de la Libertad; en los recientemente liberados afganos pidiendo en 2001 una copia de la Carta de Derechos; en los jóvenes iraníes de hoy viendo subrepticamente videos americanos prohibidos y programas de la televisión por satélite en la intimidad de sus casas. Todos estos son ejemplos de poder blando. Cuando puedes conseguir que otros admiren tus ideales y que quieran lo que tú quieres, no tienes que gastar mucho en palos y zanahorias para moverlos en tu dirección”.^{xv}

Hace unos meses las organizaciones juveniles de la Isla hicieron la denuncia de un nuevo plan subversivo cuya diana fundamental era la juventud cubana. En una clara actitud injerencista e irrespetuosa hacia la institucionalidad cubana –que no se corresponde con el nuevo contexto de las relaciones-, de manera encubierta la organización Word Larning desarrolló entre el 2015 y el 2016 un plan de becas de verano para adolescentes y jóvenes cubanos, contando con el apoyo de la USAID, el Departamento de Estado de los Estados Unidos y las embajadas de Washington en La Habana y Panamá.

Casi paralelamente a esta denuncia, en el sitio *Along Malecón*, del periodista Tracey Eaton, se revelaron los fondos destinados por la NED para la subversión en Cuba en el año 2015. Es conocido el largo historial injerencista y subversivo de la NED desde su creación en 1983 durante el gobierno de Ronald Reagan. Hasta la actualidad la NED ha dependido del respaldo y financiamiento del gobierno de los Estados Unidos a través del Congreso. *The New York Times*, en artículo publicado por John M. Broder el 31 de marzo de 1997, la definió de este modo: “*La National Endowment for Democracy, fue creada hace 15 años para llevar a cabo públicamente lo que hizo subrepticamente la Agencia Central de Inteligencia durante décadas, gasta 30 millones de dólares al año para apoyar partidos políticos, sindicatos, movimientos disidentes y medios noticiosos en docenas de países...*”^{xvi}

Cuando se analizan el destino de la mayor parte del dinero de la NED para la subversión en Cuba en el 2015, es evidente que la guerra cultural del gobierno de los Estados Unidos contra la Revolución Cubana, se ha ampliado y adoptado métodos mucho más sutiles. La mayores sumas de dinero están dirigidas hacia el área de la comunicación, en especial esos “medios de

comunicación” que se encargan de construir la mentira, de sembrar determinadas matrices de opinión contra el sistema socialista cubano por medio de campañas mediáticas, que tergiversan la historia, exacerbaban los valores del capitalismo y practican una continua guerra psicológica contra el pueblo cubano. Este campo recibió un beneficio de 2 098 312 dólares. *Diario de Cuba* encabeza la lista de los medios contrarrevolucionarios que recibieron las partidas más jugosas, 283 869 dólares, seguido por *Cubanet* con 224 562.^{xvii} Es interesante este dato, pues precisamente como advirtiera en uno de sus textos Julio García Luis: *la comunicación social fue “el punto neurálgico más débil por donde se abrió paso la estrategia de desmontaje político y moral de la sociedad soviética...”*.^{xviii}

Pero, al mismo tiempo, pudiéramos preguntarnos: ¿qué son Radio y Tv Martí, sino estructuras creadas para la guerra cultural en su sentido más amplio contra el proyecto revolucionario cubano?

Tampoco puede olvidarse la manipulación política y subversiva de la emigración cubana hacia los Estados Unidos durante décadas, con la pérfida intención de mostrar ante los ojos de los cubanos y la opinión pública internacional, el supuesto fracaso del modelo cubano y el éxito de los emigrados cubanos en los Estados Unidos.

Existe una gran diferencia entre la *diplomacia pública* que desarrollan muchos países en la arena internacional y las acciones que lleva adelante el gobierno de los Estados Unidos contra Cuba para provocar el “cambio de régimen”. Detrás de este vocablo “inofensivo”, se esconde toda una maquinaria de difusión de valores políticos y culturales de los Estados Unidos, que para nada toma en consideración el respeto a la soberanía de las naciones. No se trata solo de influencia, sino de injerencia abierta y encubierta en los asuntos internos de otros estados, en violación flagrante de lo que establece el derecho internacional, en especial la carta de Naciones Unidas.

A la hora de valorar los retos que enfrentamos, en ocasiones se adoptan posiciones triunfalistas, desde una visión reduccionista de la cultura, entendida estrictamente como arte y literatura. Claro que entre Cuba y los Estados Unidos han existido influencias y confluencias culturales durante más de dos siglos, gracias a las cuales ambos pueblos nos hemos enriquecido espiritualmente, pero como señalara Aurelio Alonso: “Las relaciones culturales, más allá de que juguemos pelota juntos, de bailar aquí y allá con orquestas parecidas, de disfrutar canciones de las dos orillas y de que se compartan o no los gustos culinarios, incluyen hábitos sociales adquiridos con arraigo, una cultura política y un estilo de vida, lo que siente y hace la comunidad y la familia, y en ese terreno estarán, en el fondo, los desafíos que comienzan a levantarse”.^{xix}

Ante tales desafíos no hay mejor antídoto que el patriotismo, la cubanía –no cubanidad castrada-, el antiimperialismo, el anticolonialismo y que, junto al fomento de referentes culturales sólidos, logremos un sujeto crítico de profunda formación humanista, capaz de discernir por sí mismo entre la avalancha de productos culturales con los que interactúa, dónde está lo realmente valioso, y dónde lo despreciable para nuestra condición humana. Ese sujeto crítico solo es posible forjarlo

desde las edades más tempranas a través del entrenamiento en el debate y la confrontación de ideas, con la participación activa de la familia, la comunidad, la escuela, los medios de comunicación y las organizaciones políticas y de masas. Por supuesto, todas las acciones que desarrollamos en el campo cultural deben acompañarse de hechos y realizaciones concretas, de hacer las cosas bien en todas las esferas, y que los resultados de ese trabajo se manifiesten en la vida cotidiana de nuestro heroico pueblo. *“El pueblo es la meta principal. En el pueblo hay que pensar primero que en nosotros mismos. Y esa es la única actitud que puede definirse como una actitud verdaderamente revolucionaria”*, decía Fidel hace 55 años en sus históricas *Palabras a los Intelectuales*.^{xx}

Notas

- i. Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría Cultural*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- ii. *Ibidem*, p.185.
- iii. Institución anticomunista organizada por el Imperio yanqui durante la Guerra Fría, fundada en [Berlín en 1950](#), con sede en París y delegaciones en una treintena de naciones. En los años sesenta se fue desvelando que los Estados Unidos mantenían discretamente esta organización a través de instituciones como la CIA, la Fundación Farfield o la Fundación Ford. Es curioso advertir cómo algunos periodistas e intelectuales burgueses occidentales se fueron sorprendiendo, y aún escandalizando, a medida que se enteraban, demostrando la ingenuidad infantil en la que se mantenían, quizá adormecidos por el [mito de la cultura](#) y el de la [libertad](#). Desde 1967 se sirvió del nombre *Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura*, hasta su disolución formal en 1979.
- iv. Citado por René González Barrios, “El desmontaje de la historia y como enfrentarlo”, en: *Cubadebate*, 5 de mayo de 2014. <http://www.cubadebate.cu/especiales/2014/05/05/el-desmontaje-de-la-historia-y-como-enfrentarlo/#.WDYRqbmubIU>
- v. Véase anexo 57 en: Elier Ramírez Cañedo y Esteban Morales Domínguez, *De la confrontación a los intentos de normalización. La política de los Estados Unidos hacia Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014.
- vi. Véase en: http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/document/docstfe2_01.htm
- vii. Véase en: <http://www.eumed.net/libros-gratis/2007a/256/51.htm>
- viii. Véase en: <https://dl.dropboxusercontent.com/u/6891151/Support%20to%20Political%20Warfare%20White%20Paper%20v2.3-RMT%20%2810MAR2015%29%20%20%20.pdf>
- ix. *Ibidem*.
- x. Ricardo Alarcón, *La inocencia perdida*, prólogo al libro de Frances Stonor....., pp.1-2.
- xi. Jon Ellinston, *Psy war on Cuba. The declassified history of U.S. anti Castro propaganda*, Ocean Press, Melbourne-New York, 1999.
- xii. René González Barrios, “El desmontaje de la historia y como enfrentarlo”, en: *Cubadebate*, 5 de mayo de 2014, <http://www.cubadebate.cu/especiales/2014/05/05/el-desmontaje-de-la-historia-y-como-enfrentarlo/#.WDYRqbmubIU>
- xiii. Conferencia de prensa ofrecida por el Presidente Obama el 19 de diciembre de 2014. Consultado en www.whitehouse.gov/the-press-office/2014/12/19/remarks-president-year-end-conference.
- xiv. Graduado en la Universidad de Princeton y doctor por Harvard, experto en relaciones internacionales. En varias de sus obras ha introducido y analizado el concepto *Smart Power* el cual ha tenido amplia repercusión en el discurso político estadounidense y la política exterior de ese país. En la actualidad es profesor de la Kennedy School of Government de la Universidad de Harvard.
- xv. Véase en: <https://www.google.com/search?q=joseph+nye%2C+cap%C3%ADtulo+5%2C+prefacio+%2C+pdf&ie=utf-8&oe=utf-8&client=firefox-b>
- xvi. Véase en: <http://www.nytimes.com/1997/03/31/us/political-meddling-by-outsiders-not-new-for-us.html>
- xvii. “Revelan proyectos financiados por la NED en el 2015 para la subversión en Cuba”, *Cubadebate*, 29 de septiembre de 2016.
- xviii. Citado por Abel Prieto en: “Internet debe ayudar a hacer nuestra sociedad más dinámica, eficiente, participativa y justa”, *Cubadebate*, 7 de junio de 2015, <http://www.cubadebate.cu/opinion/2015/06/07/internet-debe-ayudar-a-hacer-nuestra-sociedad-mas-dinamica-eficiente-participativa-y-justa/#.WDYCQrmubIU>
- xix. Aurelio Alonso, *Reconstruyendo las relaciones: La Capilaridad Cultural*, en: *América Latina en Movimiento*, 15 de marzo de 2016, <http://www.alainet.org/es/articulo/176072>
- xx. Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz, el 30 de junio de 1961, véase en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f300661e.html>

[Ir arriba](#)



Publicación digital de la Comisión de Cultura y Medios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en colaboración con la Asociación Hermanos Saíz y el Ministerio de Cultura.

Consejo Editorial: Elier Ramírez Cañedo, Magda Resik, Luis Morlote, Rolando Pérez Betancourt, Paquita Armas Fonseca.

Estos textos pueden ser reproducidas libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

Nuestro correo electrónico: revistasedicecubano@gmail.com

[Ir arriba](#)